



Maggie, una chica de la calle

Stephen Crane

Lectulandia

En las arterias del desdichado barrio de Bowery en Nueva York, escenario de revueltas y vilezas perpetradas por las bandas de gánsteres, transcurre la historia de la joven Maggie, de su familia y de un entorno hipócrita y hostil, que ignora la compasión mientras ella se hunde cada vez más en el fango de las callejuelas citadinas finiseculares.

Stephen Crane se erige por derecho propio como un autor al que conviene leer y revisar en estos momentos: su crítica del sistema, no de las personas, señala con el dedo la hipocresía más incrustada de nuestras estructuras sociales. Todo lo que no queremos ver, lo que nos duele escuchar y lo que nos resistimos a creer forma parte del paisaje literario de Crane. Una lectura atenta nos convence de que es un escritor con un plan: sumergirse en las entrañas de su amada América para expurgar de ellas todo su profundo malestar.

Lectulandia

Stephen Crane

Maggie, una chica de la calle

ePub r1.0

IbnKhalidun 10.06.13

Título original: *Maggie: A Girl of the Streets*

Stephen Crane, 1893

Traducción: Carme Font

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Un niño muy pequeño estaba de pie sobre un montículo de grava en honor a Rum Alley. Se dedicaba a arrojar piedras a los pilluelos de Devil's Row que no cesaban de abuchearle mientras daban vueltas a su alrededor y le apedreaban.

Su rostro infantil estaba lívido por la furia que sentía en su interior. Su cuerpo diminuto se retorció al lanzar insultos subidos de tono.

—¡Corre, Jimmie, corre! Te van a coger —gritaba un niño de Rum Alley alejándose de la escena.

—¡No! —exclamó Jimmie con un desafiante rugido—. Estos cochinos irlandeses no me harán correr.

Se oyeron nuevos gritos de rabia incontrolada que salían de las gargantas de Devil's Row. Unos muchachos harapientos lanzaron desde el flanco derecho un violento ataque contra el montón de grava. En la airada expresión de sus rostros infantiles se reconocían los rasgos de auténticos asesinos. Al atacar, tiraban piedras e insultaban como un coro estridente.

El pequeño héroe de Rum Alley bajó precipitadamente y a trompicones por el otro costado. Como resultado de la refriega, su abrigo había quedado hecho trizas y también había perdido la gorra. Tenía moratones en diversas partes del cuerpo y le salía sangre de un corte en la cabeza. Sus pálidas facciones presentaban el aspecto de un diminuto demonio enloquecido.

Al pie del montículo, en el suelo, los niños de Devil's Row cerraron filas contra su antagonista. Él se llevó el brazo a la cabeza en un gesto defensivo, Y luchó aún con más ahínco. Los pilluelos correteaban de un lado para otro tratando de esquivar a Jimmie, arrojaban más piedras y proferían crueles insultos.

En la ventana de un edificio de pisos que se elevaba entre unos establos achaparrados y anodinos, se había asomado una mujer para curiosear. Unos trabajadores que descargaban un lanchón en un muelle del río se detuvieron por unos instantes a contemplar la lucha. El maquinista de un remolcador parado se inclinó perezosamente sobre la barandilla para mirar. A lo lejos, en la isla^[1], una procesión de convictos vestidos con mono amarillo surgió de la penumbra de un siniestro edificio y se arrastró lentamente por la orilla del río.

Una piedra había golpeado la boca de Jimmie. La sangre le resbalaba a borbotones por la barbilla y manchaba su camisa hecha jirones. Las lágrimas marcaban surcos en sus sucias mejillas. Sus piernas escuálidas empezaron a temblar y a desfallecer, haciendo que todo su cuerpo se tambaleara. Los violentos insultos que había proferido al inicio de la reyerta se habían convertido en un blasfemo parloteo.

Entre los alaridos de la masa arremolinada de niños de Devil's Row surgieron

gritos de alegría, unos sonidos parecidos a un canto de salvaje triunfo. Los pequeños parecían escudriñar con avidez la sangre que se derramaba por el rostro de su enemigo.

Desde el otro extremo de la avenida se acercó pavoneándose un muchacho de unos dieciséis años, aunque una despectiva mueca de una idealizada virilidad ya se esbozaba en sus labios. Llevaba el sombrero inclinado sobre un ojo, y su actitud era pendenciera. Sostenía una colilla de puro entre los dientes en un gesto desafiante. Caminaba con un cierto balanceo de hombros que asustaba a los tímidos. Echó un vistazo al descampado en el que los enfurecidos pilluelos de Devil's Row rodeaban al indefenso niño de Rum Alley, que lloraba ruidosamente.

—¡Vaya, vaya! —masculló con interés—. Una reyerta. Vaya.

A zancadas se acercó al círculo de chicos vociferantes de Devil's Row, moviendo los hombros de un modo que denotaba su certeza de lograr la victoria con los puños. Se colocó detrás de uno de ellos, que estaba muy ocupado en la labor.

—¡Ah, qué demonios! —exclamó mientras daba una colleja al chico aplicado. Éste cayó al suelo y se escuchó un tremendo y ronco alarido. Se puso de pie precipitadamente, y al percatarse del tamaño de su asaltante dio la voz de alarma y salió corriendo. La banda entera de Devil's Row lo siguió. Se detuvieron a corta distancia, lanzando provocadores insultos al chico de la mueca despectiva.

—¿Qué demonios ocurre, Jimmie? —preguntó al pequeño héroe.

Jimmie se secó la cara húmeda de sangre con la manga.

—Pues verás, esto fue lo que pasó. Quería darle una paliza a ese tal Riley, y la panda se abalanzó sobre mí.

Entonces se acercaron unos cuantos niños de Rum Alley. Se detuvieron por unos instantes, y empezaron a intercambiarse comentarios jactanciosos con los de Devil's Row. Alguien empezó a lanzar piedras desde lejos y los aprendices de guerrero se desafiaron mutuamente. Después, las fuerzas de Rum Alley se dirigieron lentamente hacia su calle. Entre ellos comentaban versiones distorsionadas de la pelea. Sobre todo, exageraban el motivo de la retirada. Se magnificaron los golpes intercambiados durante la lucha en una desmesurada proporción, alegando que habían lanzado las piedras con cuidadosa precisión. Los chicos recuperaron su valentía, y empezaron a blasfemar con gran empeño.

—Nosotros, tíos, podemos acabar con el maldito Row entero —dijo uno de los niños, pavoneándose.

El pequeño Jimmie intentaba detener la hemorragia de sus labios heridos. Se volvió hacia el que hablaba con el ceño fruncido.

—¿Y dónde demonios estabas tú mientras yo luchaba solo? —preguntó—. Estoy harto de vosotros, tíos.

—Que te den —le contestó el otro con agresividad.

Jimmie le replicó con aire amenazador.

—No tienes ni idea de luchar, Blue Billie, si quieres te puedo zurrar con una sola mano.

—¡Anda ya! —insistió Billie.

—¡Verás! —soltó Jimmie con tono amenazador.

—¡Verás tú! —repitió el otro niño.

Ambos se abalanzaron uno contra el otro, y se enzarzaron en una pelea que les hizo a rodar sobre los adoquines.

—¡Aplástalo, Jimmie, arráncale las entrañas! —gritaba encantado Pete, el muchacho de la mueca despectiva.

Los pequeños combatientes se zurraban y se daban puntapiés, se arañaban y se desgarraban. Se echaron a llorar, y los insultos se ahogaban en sus gargantas por los sollozos. Los otros niños apretaban las manos y agitaban las piernas debido a la excitación que les producía la escena. Formaban un agitado círculo a su alrededor.

De pronto, uno de los pequeños espectadores perdió los nervios.

—¡Rájalo, Jimmie, rájalo! ¡Que viene tu padre! —gritó. El corrillo de chicos se disolvió al instante. Se apartaron y esperaron aterrorizados lo que creían que iba a suceder. Los dos chicos, que luchaban del mismo modo que lo hicieran otros hombres cuatro mil años atrás, no se percataron de la advertencia.

Por la avenida caminaba, pesada y lentamente, un hombre de ojos sombríos. Llevaba una fiambarrera y fumaba una pipa de madera de manzano.

Al aproximarse al lugar donde se peleaban los chicos, el hombre se detuvo a contemplarlos apáticamente. De pronto, soltó un juramento y avanzó hacia los luchadores que se revolcaban en el suelo.

—Para, Jimmie, levántate ahora mismo o te arranco la piel a tiras, maldito golfo alborotador.

Comenzó a dar patadas a la masa caótica que yacía en el suelo. El pequeño Billie sintió que alguien le daba una contundente patada con una bota. Hizo un esfuerzo desesperado y se desembarazó de Jimmie. Se alejó tambaleándose y profiriendo insultos.

Jimmie se levantó del suelo con gran dificultad y, enfrentándose a su padre, empezó a insultarlo. Éste le dio una patada:

—Vete a casa ahora mismo —ordenó—. Cállate o te aplasto la cabeza para siempre.

Se marcharon. El hombre parecía caminar plácidamente, con la pipa de madera de manzano entre los dientes, como si se tratara de todo un emblema de serenidad. El niño lo seguía a poca distancia, insultándolo en voz alta, porque consideraba que alguien como él, que tenía intención de convertirse en soldado y se sentía un hombre de sangre con una especie de noble privilegio, estaba recibiendo el trato degradante

de que su padre lo llevara de vuelta a casa.

Capítulo 2

Al cabo de un rato llegaron a un barrio siniestro en el que, desde un edificio escorado, una multitud de destartadas puertas de entrada lanzaba montones de criaturas a la calle y al arroyo. La brisa de un temprano otoño levantaba un polvo amarillento de los adoquines y lo revolvía contra cientos de ventanas. Unos largos tendedores para la ropa ondeaban en las bocas de incendios. En lugares inaccesibles había cubos, escobas, trapos y botellas. En la calle, los niños jugueteaban entre ellos o permanecían estúpidamente sentados en medio de la calzada por donde transitaban los vehículos. Varias mujeres fornidas con el cabello despeinado y la ropa desarreglada cotilleaban apoyadas en las barandillas o bien gritaban en vehementes discusiones. Personajes de aspecto derrotado en actitud de sumisión a algo, fumaban sus pipas sentados en oscuros rincones. Las calles olían a miles de comidas. El edificio temblaba y crujía bajo el peso de la humanidad que pateaba en sus entrañas.

Una niña harapienta arrastraba entre el gentío a un niño con la cara roja de tanto llorar. Éste se quedaba atrás, a la manera de los bebés, asegurando el paso de sus desnudas y arrugadas piernecitas.

La niña suplicó:

—Vamos, Tommie. Ahí están Jimmie y papá. No tires de mí.

La niña movió con impaciencia el brazo del bebé. Éste se cayó de cara y empezó a gritar. Ella lo levantó de nuevo con un brusco tirón y prosiguieron su andadura. Con la obstinación propia de su condición, el bebé protestó porque lo conducían hacia una dirección determinada. Al mismo tiempo, hacía heroicos esfuerzos para mantenerse erguido, increpar a su hermana y comerse un pedazo de piel de naranja que masticaba entre intervalos de sus infantiles discursos.

Al acercarse el hombre de ojos sombríos, seguido por el muchacho ensangrentado, la niña lo abordó con sus gritos de reproche:

—Caramba, Jimmie, te has metido en otra pelea.

El pilluelo se hinchó de desdén.

—¿Qué pasa contigo, Mag, eh?

Mag lo reprendió:

—Siempre estás metido en líos, Jimmie, y sabes que tu madre se enfada cuando llegas a casa malherido, y lo más probable es que todos nos llevemos una buena tunda.

La niña rompió a llorar. El pequeñín levantó la cabeza y reanudó sus alaridos.

—¡Qué demonios! —exclamó Jimmie—. Cierra el pico o te parto la boca.

Puesto que su hermana continuaba lamentándose, profirió un insulto y le dio un golpe. La pequeña se tambaleó, y, cuando se hubo recuperado, rompió a llorar y,

tartamudeando, lo insultó. Mientras ella retrocedía, su hermano le asestaba golpes. El padre los oyó discutir, y se dio la vuelta.

—Estate quieto, Jimmie, ¿me oyes? Deja tranquila a tu hermana en la calle. No hay manera de que esa cabeza tuya entre en razón.

El pilluelo alzó la voz con un gesto desafiante hacia su padre y reanudó el ataque. El pequeño chillaba con todas sus fuerzas, protestando con enorme virulencia, a la vez que su hermana se defendía con precipitadas maniobras y lo arrastraba por el brazo.

Al cabo de un rato, la procesión cruzó el umbral de uno de esos horrendos portales. Subieron lentamente por unas escaleras oscuras y atravesaron varios fríos pasillos de aspecto siniestro. Por fin el padre empujó una puerta y entraron en una habitación iluminada que ocupaba una corpulenta mujer atareada.

Ésta se detuvo en medio de una carrera entre una cocina con ollas de agua hirviendo y una mesa cubierta de cacharros. Escudriñó al padre y al hijo, que entraban en fila.

—¿Qué pasa? Otra vez peleando, ¡por Dios! —exclamó la mujer abalanzándose sobre Jimmie. El muchacho intentó esconderse detrás de los otros, pero con tanto alboroto el niño, Tommie, acabó en suelo. Éste protestó con su acostumbrada vehemencia, porque se había golpeado sus tiernas espinillas contra la pata de una mesa.

Los hombros fornidos de la madre se levantaron con furia. Agarrando al pilluelo por el cogote, lo sacudió hasta hacerlo crujir. Lo arrastró hasta un sucio fregadero, y después de empapar un trapo en agua, comenzó a frotar con él el rostro lacerado de su hijo. Jimmie gritó de dolor e intentó zafar sus hombros de la presión que ejercían aquellos enormes brazos.

El pequeño estaba sentado en el suelo contemplando la escena, su carita se contorsionaba como si fuera la de una mujer observando una tragedia. El padre, que acababa de encender la pipa, se recostó en una silla sin respaldo situada junto a la cocina. Los gritos de Jimmie le resultaban molestos. Se dio media vuelta y chilló a su mujer:

—¡Deja tranquilo al maldito crío, Mary! Siempre le estás zurrando. Cuando vengo por la noche no puedo descansar porque siempre estás atizando a un crío. Déjalo, ¿me oyes? No lo hagas más.

Al oír esas palabras, la mujer intensificó la violencia de la paliza que estaba dando al chico. Al final lo arrojó contra un rincón, donde se quedó sin fuerzas, soltando palabrotas y llorando. La mujer se llevó sus enormes manos a las caderas, y, caminando como un capataz, se acercó a su marido.

—¡Ja! —exclamó con un gruñido de desprecio—. ¿Y por qué demonios metes tú las narices?

El pequeño gateaba por debajo de la mesa, y se dio media vuelta para asomar su cabecita con sigilo. La niña harapienta se batió en retirada, y el muchacho, que seguía en el rincón, encogió tímidamente las piernas.

El hombre seguía aspirando la pipa con parsimonia y plantó sus botas embarradas en la parte trasera de la cocina.

—Vete al infierno —murmuró sin inmutarse.

La mujer se puso a gritar y a agitar los puños ante la mirada de su esposo. El tosco color amarillento de su rostro y cuello pasó al rojo de repente. Comenzó a aullar.

Él volvió a aspirar la pipa, imperturbable, durante un rato y después se levantó para contemplar desde la ventana el caos en sombras de los patios traseros.

—Has estado bebiendo, Mary —sentenció—. Más vale que dejes la botella, mujer, o acabarás mal.

—Eres un mentiroso. No he bebido ni una gota —respondió ella con un rugido.

Se sucedió un morboso altercado entre marido y mujer, durante el cual cada cónyuge maldijo el alma del otro en varias ocasiones.

El pequeño contemplaba a sus padres agazapado debajo de la mesa, y su carita expresaba la excitación del momento.

La niña harapienta se acercó a hurtadillas hasta el rincón donde descansaba el muchacho.

—¿Te duele mucho, Jimmie? —susurró tímidamente.

—En absoluto —protestó el muchacho.

—¿Quieres que te enjuague la sangre?

—¡No!

—¿Quieres...?

—Cuando pille a ese tal Riley le voy a partir la cara, ¿te enteras?

El muchacho volvió el rostro contra la pared, decidido a esperar su hora propicia.

En la disputa entre marido y mujer, ella resultó victoriosa. El marido cogió el sombrero y salió corriendo de la habitación, al parecer con la intención de vengarse de esta con una sonada borrachera. Ella lo siguió hasta la puerta y continuó chillándole mientras el hombre bajaba la escalera.

Luego empezó a remover la habitación, haciendo que los niños fueran de un lado para otro como burbujas.

—Quitaos de en medio —protestaba moviendo agitadamente los pies con sus zapatones cerca de las cabezas de sus hijos. No dejaba de bufar y resoplar envuelta en una nube de vapor junto a los fogones. Al final, hizo su reaparición con una sartén repleta de crepitantes patatas.

—¡Venga, ahora a comer! —gritó con una repentina exasperación—. ¡Daos prisa o me las acabo yo!

Los niños se abrieron paso rápidamente y se sentaron alrededor de la mesa con un gran alboroto. El pequeñín se sentó con los pies colgando desde la altura de una trona destartalada y se dedicó a atiborrar su débil estómago. Jimmie se metía en la boca a través de sus labios heridos con una febril rapidez los trozos grasientos de comida. Maggie, que miraba de soslayo por miedo a ser interrumpida, comía como una pequeña tigresa perseguida.

La madre permanecía sentada y observaba a sus hijos sin dejar de parpadear. Lanzaba reproches, tragaba patatas y bebía de una botella de color marrón amarillento. Al cabo de un rato cambió su estado de ánimo y se echó a llorar mientras llevaba al pequeño Tommie a otra habitación y lo acostaba con sus diminutos puños apretados, envuelto en un viejo cubrecama de tonos verdes y rojos descoloridos. Luego volvió y empezó a lamentarse junto a la cocina. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás sentada en una silla, derramando lágrimas y gimiendo apesadumbrada ante sus hijos sobre la suerte de su «pobre madre» y de su padre, «maldita sea su alma».

La niña se afanaba como podía entre la mesa y la silla sobre la que reposaba una jofaina. Sus piernas se tambaleaban por el peso de los platos.

Jimmie permanecía sentado y cuidaba de sus múltiples heridas. Echaba miradas furtivas a su madre. Sus ojos avezados por la experiencia percibieron el modo en que su madre emergía poco a poco de una confusa maraña de emociones hasta que su cerebro comenzaba a arder por el acaloramiento de la borrachera. Entonces contuvo la respiración.

A Maggie se le cayó un plato al suelo.

La madre se puso de pie de un salto.

—Dios santo —aulló.

La madre observó a su hija con ojos brillantes e iracundos. El rojo ardiente de su rostro se tornó en una especie de púrpura. El muchacho echó a correr hacia el pasillo, chillando como un monje en medio de un temblor de tierras.

Dio tumbos en la oscuridad hasta dar con las escaleras. Bajó tambaleándose hasta el piso inferior. Una anciana abrió la puerta. Tras ella, una luz arrojaba su brillo sobre la temblorosa cara del muchacho.

—Por Dios, pequeño, ¿ahora qué ocurre? ¿Está tu padre atizando a tu madre o es al revés?

Capítulo 3

Jimmie y la anciana se pusieron a escuchar durante un buen rato en el pasillo. Por encima del ruido amortiguado de las conversaciones, los tristes llantos nocturnos de bebés, el trasiego de pasos en corredores y habitaciones invisibles, mezclado todo con el sonido de varios gritos enronquecidos procedentes de la calle, así como el traqueteo de ruedas sobre los adoquines, ambos oyeron cómo los gritos de la niña y los rugidos de la madre se debilitaban, convirtiéndose en un débil gemido y un apagado murmullo.

La anciana tenía una piel nudosa y curtida y era una persona capaz de adoptar, a placer, una expresión de profunda virtud. Poseía una cajita de música con una melodía y una colección de «Dios te bendiga», entonados en variados registros de fervor religioso. Todos los días tomaba posiciones sobre las aceras de la Quinta Avenida, encogía las piernas y se agazapaba inmóvil y repulsiva como un ídolo. Ganaba una precaria suma de centavos al día que recogía de los transeúntes que no vivían en las inmediaciones.

En una ocasión, cuando a una señora se le cayó el bolso en la acera, la mujer de piel nudosa lo agarró y lo deslizó con gran habilidad por debajo de su capa. Cuando la arrestaron, maldijo a la señora hasta que ésta sufrió un pequeño desvanecimiento, y con sus miembros agarrotados y retorcidos por el reuma, pateó el estómago de un robusto agente de policía, a quien definió como «esos policías, malditos sean».

—Eh, Jimmie, es una vergüenza —apuntó—. Anda, sé bueno y cómprame un trago. Si tu madre está de bronca toda la noche, puedes quedarte a dormir aquí.

Jimmie cogió el cacharro de metal y los siete peniques que le tendía la mujer y se marchó. Atravesó la puerta lateral de un bar y se acercó a la barra. Alzándose sobre las puntas de los pies, el muchacho levantó el recipiente y las monedas tan alto como se lo permitían los brazos. Vio cómo dos manos aparecidas de la nada aceptaban el cacharro con los peniques. Al cabo de unos instantes, esas mismas manos bajaron el cacharro lleno y Jimmie se fue.

Delante de la mugrienta puerta de entrada se encontró con una figura tambaleante. Era su padre, tambaleándose sobre las piernas que apenas podían sostenerlo en pie.

—¡Dame esa lata! —dijo el hombre con un tono amenazador.

—¡Qué no! ¡Esta lata es para la vieja y sería una faena robársela! —gritó Jimmie.

El padre le arrancó el recipiente a su hijo. Lo empuñó con ambas manos y se lo llevó a la boca. Pegó los labios en el borde inferior e inclinó la cabeza. Su garganta peluda se hinchó hasta que pareció sobresalir de la barbilla. Bebió toda la cerveza de un solo trago.

El hombre tomó aliento y soltó una carcajada. Golpeó a su hijo en la cabeza con la lata vacía. Mientras esta rodaba resonando por la calle, Jimmie comenzó a gritar y

a dar patadas a la espinilla de su padre.

—Mira la faena que me has hecho —gritó—. La vieja se va a enfadar conmigo.

Se batió en retirada hasta el centro de la calle, pero el hombre optó por no perseguir a su hijo y se dirigió hacia la puerta tambaleándose.

—Te voy a matar cuando te coja —gritó mientras desaparecía—. Había pasado la noche recostado sobre la barra de un bar, bebiendo whisky y proclamando a los cuatro vientos:

—Mi casa es un infierno. ¡Maldito lugar! ¡Un infierno! ¿Por qué me da por beber así? ¡Porque mi casa es un infierno!

Jimmie esperó durante un buen rato en la calle hasta que decidió entrar a hurtadillas en el edificio. Pasó con gran cautela ante la puerta de la anciana de piel nudosa, se detuvo delante de su casa y escuchó.

Podía oír a su madre, moviéndose pesadamente entre los muebles. Entonaba una melodía con triste voz, intercalando estallidos de furia dirigida al padre, el cual, en opinión de Jimmie, habría caído derrumbado al suelo o estaría tirado en un rincón.

—¿Por qué demonios no te esfuerzas para que Jimmie no sea tan peleón? Te voy a romper la cara —rugió de repente la madre.

El hombre masculló algo con la indiferencia propia de un borracho.

—Ah, qué demonios. ¿A ti qué te importa?

—Porque se estropea la ropa, ¡qué necio que eres! —gritó la mujer presa de la rabia.

Pareció como si el hombre se despertara.

—Vete al infierno —contestó a modo de réplica. Se escuchó una especie de golpe contra la puerta, y algo se rompió en mil pedazos. Jimmie apenas contuvo un gemido y se lanzó escaleras abajo. Luego se detuvo y volvió a escuchar. Oyó aullidos e insultos, gritos y rugidos que componían un confuso coro de sonidos, como si formaran parte del fragor de una batalla. A esto se unía el estrépito de muebles, como si los estuvieran reduciendo a astillas. Los ojos del muchacho brillaban por miedo a ser descubierto.

Varios rostros curiosos se asomaron por las puertas mientras se intercambiaban comentarios en voz baja.

—El viejo Johnson la está armando otra vez.

Jimmie se quedó inmóvil hasta que cesaron los ruidos y el resto de inquilinos hubo cerrado sus puertas por aburrimiento. Entonces enfiló las escaleras hacia arriba con el sigilo típico de un invasor que entrara en una guarida de panteras. Se oían pesadas respiraciones desde el otro lado de las destartadas puertas. Abrió la de su casa y entró temblando.

El resplandor del fuego proyectaba tonalidades rojizas sobre el suelo desnudo, las paredes resquebrajadas y sucias y los muebles rotos y volcados.

En medio del suelo yacía su madre, que se había quedado dormida. En una esquina de la estancia, el cuerpo delgado del padre colgaba por ambos lados del asiento de una silla.

El muchacho avanzó sigilosamente. Comenzó a tiritar por el temor a despertarlos. El pecho enorme de su madre se movía con agitación. Jimmie se detuvo para observarla. Su rostro estaba enrojecido e hinchado por efecto del alcohol. Las cejas amarillentas ensombrecían sus párpados azulados. El pelo revuelto caía formando remolinos sobre la frente. Mantenía en la boca el mismo rictus de sed de venganza que había mostrado en la pelea. Los brazos, rojos y desnudos, parecían desparramados por encima de la cabeza en una posición de agotamiento, como si fueran los de un maleante harto de bebida y comida.

El muchacho se inclinó sobre su madre. Tenía miedo de que esta abriera los ojos, y tal era su sensación de pánico que no podía dejar de mirar, fascinado por el sombrío rostro de su madre.

De repente, la mujer abrió los ojos. El muchacho se halló contemplando directamente su rostro, cuya expresión parecía tener la capacidad de convertir su sangre en sal. Lanzó un grito penetrante y se cayó de espaldas. La mujer miró por unos instantes a su alrededor en un estado de gran confusión. Agitó los brazos como si estuviera en medio de un campo de batalla, y después reanudó sus ronquidos.

Jimmie avanzó sigilosamente en la penumbra y esperó. Escuchó un ruido en la habitación de al lado después del grito que había dado cuando descubrió que su madre estaba despierta. Avanzó a tientas en la oscuridad, con los ojos saliéndole de las órbitas en su cara demacrada, fijos en la puerta.

La oyó crujir, y entonces captó el sonido de una vocecita.

—¡Jimmie, Jimmie! ¿Estás ahí? —susurró la voz. El muchacho se sobresaltó. El rostro delgado y pálido de su hermana lo observaba desde el umbral de la otra habitación. La niña se le acercó sigilosamente.

El padre permanecía inmóvil; yacía sumido en un sueño parecido a la muerte. La madre se retorció en un inquieto dormir, mientras el pecho le silbaba como si estuviera padeciendo la agonía de un estrangulamiento. En la ventana, una luna pomposa se asomaba sobre los tejados oscuros y, a lo lejos, las aguas de un río brillaban con luz trémula.

El cuerpecito de la niña harapienta temblaba. Sus facciones estaban macilentas de tanto llorar y el brillo de sus ojos denotaba miedo. Se asió al brazo del muchacho con sus manos temblorosas y juntos se agazaparon en un rincón. Los ojos de ambos se fijaron por una extraña fuerza en el rostro de la madre, porque creían que si la mujer despertaba todos los seres malvados subirían del infierno.

Permanecieron agazapados hasta que las neblinas fantasmagóricas del amanecer asomaron por los cristales de la ventana e iluminaron el postrado y pesado cuerpo de

la madre.

Capítulo 4

Tommie, el pequeño, murió. Se marchó en un ataúd diminuto y blanco. Su pálida manita empuñaba una flor que la niña, Maggie, le había robado a un italiano.

Ella y Jimmie sobrevivieron.

Los ojos inexpertos del muchacho se endurecieron a una edad temprana. Pasó a ser un joven de piel curtida. Vivió años agitados sin trabajar. A lo largo de ese tiempo, una mueca de desdén en su cara se hizo permanente. Estudió la naturaleza humana desde el arroyo, y descubrió que esta no era peor de lo que siempre había supuesto. Jamás adquirió el más mínimo respeto por el mundo, porque su trayectoria se había iniciado sin ningún ídolo al que derribar.

Revistió su alma con una armadura como consecuencia de hallarse por entretenimiento en una misión donde un hombre componía sus sermones recurriendo al pronombre «vosotros». Mientras ellos se calentaban junto a una estufa, él contaba a sus oyentes lo que creía que necesitaban en su relación con Dios. Muchos de los pecadores se mostraban impacientes ante las imágenes de su propia degradación. Estaban esperando los vales para la sopa.

Alguien que fuera capaz de interpretar las palabras de los demonios del viento, quizá hubiera podido percibir el diálogo que se entablaba entre el orador y sus creyentes.

—Estáis malditos —decía el predicador. Y el intérprete de sonidos podría reparar en la respuesta de la harapienta congregación—. ¿Dónde está nuestra sopa?

Jimmie y uno de sus compinches permanecían sentados en la parte de atrás, charlando sobre una serie de cosas que no les concernían, con la misma soltura de un par de caballeros ingleses. Cuando les entró sed y se marcharon, sus mentes confundieron al orador con Cristo. De repente, el ánimo de Jimmie se volvió taciturno y empezó a albergar pensamientos de altos vuelos. Su compañero le comentó que si él alguna vez se encontraba con Dios, le pediría un millón de dólares y un botellín de cerveza.

Durante mucho tiempo, Jimmie se dedicó a apostarse en las esquinas de las calles y observar cómo el mundo desfilaba ante él imaginando apasionados encuentros con las mujeres hermosas que pasaban junto a él. Amenazaba a todo el mundo desde los cruces de las calles. En esas esquinas, se sentía inmerso en la vida y era parte de ella. El mundo seguía avanzando y él lo contemplaba desde allí.

Mantén una actitud beligerante hacia todos los hombres trajeados. Para él, el vestuario elegante era sinónimo de debilidad, y todo abrigo de calidad tapaba un corazón frágil. Él y los suyos eran, hasta cierto punto, soberanos por encima de los hombres de ropa impoluta, porque estos quizá temían ser asesinados o que se rieran

de ellos.

Sobre todo, despreciaba a los cristianos que se mostraban orgullosos de serlo y a los inútiles que exhibían los crisantemos de la aristocracia en el ojal. Se consideraba por encima de ambas categorías. No temía ni al diablo ni a los líderes de la sociedad.

Cuando tenía un dólar en el bolsillo, sentía una enorme satisfacción por el hecho de existir. De modo que, al final, se vio obligado a trabajar. Su padre falleció, y la esperanza de vida de su madre se dividía en períodos de treinta días.

Se hizo conductor de carretas. Le asignaron un diligente par de caballos y un enorme carro que traqueteaba. Invadió el tumulto y el caos de las calles del centro y aprendió a proferir desafiantes insultos contra los policías que de vez en cuando subían a su vehículo para hacerlo bajar y darle una paliza.

En la zona sur de la ciudad se metía en líos a diario. Si daba la casualidad de que él y su equipo estaban en la retaguardia, mantenía un aspecto sereno, cruzaba las piernas y empezaba a gritar cuando los peatones se metían peligrosamente bajo las narices de sus impacientes caballos. Fumaba su pipa con absoluta tranquilidad, porque estaba seguro de que su paga estaba en camino.

Si estaba delante, y él era el protagonista del alboroto, se lanzaba en medio de la pelea que se desarrollaba entre los conductores aposentados en sus altos asientos y a veces profería insultos y conseguía que lo arrestaran violentamente.

Con el paso del tiempo, su mueca desdeñosa creció de tal manera que proyectaba su sombra sobre todas las cosas. Se tornó tan incisivo que no creía en nada. Para él, los agentes de policía siempre actuaban movidos por siniestros impulsos y el resto del mundo estaba compuesto, en su inmensa mayoría, de seres despreciables que sólo intentaban aprovecharse de él. Para defenderse de esta agresión, se sentía autorizado a pelearse en cualquier momento. Consideraba que él formaba parte de los oprimidos, y que su aislamiento contenía una íntima pero evidente grandeza.

En su opinión, los casos más sonados de completa imbecilidad se exhibían en las plataformas delanteras de los tranvías. Al principio luchaba verbalmente contra esos seres, pero al final él salió victorioso. Se volvió igual de insensible que una vaca africana. Jimmie desarrolló un majestuoso desprecio hacia las filas de tranvías que lo seguían como persistentes insectos.

Adquirió la costumbre, cuando emprendía un viaje largo, de fijar la mirada en un objeto elevado y distante cuando arreaba a sus caballos, y entonces se sumía en una suerte de trance desde el que podía observarlo todo. Aunque multitudes de conductores aullaran a sus espaldas y los pasajeros lo abrumaran con sus insultos, no se despertaba hasta que algún agente de uniforme azul se enfurecía y comenzaba a tirar de las riendas febrilmente y a golpear los suaves hocicos de los caballos.

Cuando se detenía a contemplar la actitud de la policía hacia él y sus compañeros, se convencía de que eran los únicos en la ciudad que carecían de derechos.

Cuando conducía, tenía la impresión de que los agentes descargaban en él la responsabilidad de todo lo que pudiera ocurrir en las calles, y que era la presa habitual de cualquier policía enérgico. A modo de venganza, había decidido no apartarse para nada del camino, hasta que unas circunstancias de fuerza mayor o un hombre más robusto que él lo obligaran a hacerlo.

Los peatones no eran más que molestos moscardones que poseían una irracional indiferencia hacia sus propias piernas y hacia lo que convenía a Jimmie. No podía entender su obstinado empeño en cruzar las calles. Su locura lo hería con eterno asombro. Desde su asiento elevado, los imprecaba continuamente e insultaba por sus saltos frenéticos, zambullidas, inmersiones y caídas.

Cuando empujaban o esquivaban los hocicos de sus insidiosos caballos, obligándolos a mover violentamente las cabezas y las patas, turbando así su soñoliento reposo, maldecía a los hombres por estúpidos, porque él se daba cuenta de que la providencia había decretado que él y su equipo tenían el derecho inalienable de permanecer en el sendero del carro del sol y, si les apetecía, obstruir su camino o quitarle una rueda.

Tal vez, si el dios de la conducción hubiera experimentado el deseo incontenible de bajarse, levantar sus iracundos puños y disputarle virilmente el derecho de paso, probablemente se habría enfrentado de inmediato a un ceñudo ser humano con un par de nudillos bien duros. También es posible que, en una avenida del ancho de un eje, este joven se hubiera mofado de la aproximación de un ferry volador. Sin embargo, sentía cierto respeto por los coches de bomberos. Si uno se lanzaba hacia su carreta, se subía temerosamente a la acera, amenazando a multitud de personas con su aniquilación total. Cuando un coche chocaba contra un conjunto de carretas atascadas, convirtiéndolas en astillas del mismo modo que un golpe rompe el hielo en mil pedazos, por lo general el carro de Jimmie podía verse sano y salvo, con las ruedas intactas, sobre la acera. La temible llegada del coche de bomberos era capaz de disolver hasta la maraña más confusa de vehículos pesados a los que la policía había increpado durante una media hora larga.

En lo más hondo de su corazón estaba entronizado un coche de bomberos como algo asombroso que él adoraba con distante y perruna devoción. Se sabía que habían volcado tranvías. Esos saltarines caballos, capaces de arrancar chispazos de los adoquines en su arremetida, eran criaturas merecedoras de inefable admiración. El resonar del gong traspasaba su pecho como el sonido evocador de una guerra.

Cuando Jimmie era aún un niño sufrió sus primeros arrestos policiales. Antes de llegar a la edad adulta, contaba ya con un historial considerable.

Desarrolló una tendencia excesiva a bajarse de su carreta y pelearse con los otros conductores. Había estado metido en un buen número de peleas, e incluso en algunas broncas de bar que llegaron a oídos de la policía. En una ocasión lo detuvieron por

atacar a un chino. Dos mujeres que vivían en distintas zonas de la ciudad y que no se conocían entre ellas le causaron bastantes problemas al reclamarle entre lamentos simultáneamente, en fatídicos intervalos, matrimonio, asistencia y niños.

Sin embargo, una noche cubierta de brillantes estrellas, había dicho, con un asombro que denotaba cierta reverencia:

—La luna está magnífica, ¿verdad?

Capítulo 5

La niña, Maggie, creció en el arroyo. Pero se convirtió en el más extraordinario y maravilloso fruto de los barrios bajos, en una hermosa muchacha.

Ni un ápice de la suciedad de Rum Alley parecía correr por sus venas. Los sabios del piso de arriba, del de abajo y del suyo mismo, se asombraban ante ello.

Mientras era niña y jugaba y se peleaba con los muchachos de la calle, la suciedad la enmascaraba. Revestida de mugre y harapos, pasaba desapercibida.

No obstante, llegó un momento en el que los jóvenes del vecindario se apresuraron a comentar:

—Esa niña de los Johnson está de buen ver.

Por entonces su hermano le dijo:

—Mag, déjame decirte una cosa. ¡O te vas al infierno o te vas a trabajar!

La muchacha decidió ponerse a trabajar, dada la aversión femenina por el infierno. Encontró por casualidad un puesto en un taller especializado en cuellos y puños. Le asignaron un taburete y una máquina en una habitación donde se sentaban una veintena de chicas con caras amarillentas y una expresión de disgusto. Encaramada en su taburete, Maggie se pasaba el día pedaleando para confeccionar cuellos de una marca conocida por su falta de relación con todo lo que tuviera que ver con cuellos de camisa. Por la noche volvía a casa con su madre.

Jimmie creció lo suficiente como para adoptar la ambigua posición de cabeza de familia. Como poseedor de ese cargo, por la noche subía las escaleras a trompicones, al igual que había hecho su padre antes que él. Daba tumbos por la habitación insultando a su familia, o bien se quedaba dormido en el suelo.

La madre había alcanzado tal grado de celebridad, que se daba el gusto de discutir con sus conocidos entre los agentes de policía. Los empleados de los juzgados se dirigían a ella por su nombre de pila. Cuando aparecía, seguían la misma rutina de meses anteriores. Siempre sonreían y exclamaban: «Hola, Mary, ¿de nuevo por aquí?». Y meneaba su cabeza cubierta de canas en numerosos juzgados. Presentaba al juez excusas baratas, explicaciones, disculpas y súplicas. Su rostro ardiente y sus ojos movedizos formaban parte del paisaje de la isla. Medía el tiempo en función de lo que duraban sus borracheras, estaba hinchada y siempre iba despeinada.

Un día el joven Pete, que cuando era un muchacho había dado una fuerte colleja al golfillo de Devil's Row y había ahuyentado a los antagonistas de su amigo Jimmie, entró en escena. Se encontró con Jimmie en la calle, prometió llevarlo a un combate de boxeo en Williamsburg y fue a buscarlo por la tarde.

Maggie observaba a Pete.

Se sentó sobre una mesa en casa de los Johnson, balanceando sus perneras a

cuadros con una seductora negligencia. Le caía un flequillo rizado y engominado sobre la frente. Su nariz ancha parecía rebelarse al contacto de un bigote hirsuto de pelillos cortos como alambres. Su chaqueta cruzada, acabada con unos ribetes negros y abotonada hasta la altura de un corbatín rojo, así como sus zapatos de charol, se asemejaban a unas armas dispuestas para cometer cualquier asesinato.

Sus ademanes le delataban como un hombre que se sabía consciente de su propia superioridad. Su mirada reflejaba valor y desprecio por las circunstancias de su entorno. Movía las manos como un hombre de mundo que rechaza con desprecio la religión y la filosofía por igual y dice: «tonterías». Naturalmente, había visto de todo y con cada mueca de sus labios parecía proclamar que ni siquiera eso era nada. Maggie pensó que debía de ser un elegante y airoso camarero.

Se dedicaba a contarle historias a Jimmie.

Maggie lo observaba furtivamente y con los ojos entornados, como si estuvieran iluminados por un interés aún por determinar.

—¡Caramba! Me aburren —exclamó—. Casi todos los días llega algún cateto y se empeña en organizarlo todo. ¡Pero me los quito de encima a todos! Antes de que se den cuenta los pongo de patitas en la calle.

—Por supuesto —repuso Jimmie.

—El otro día vino un tipo que quería hacerse el amo. ¡Estaba muy dispuesto a ello! Vi que estaba bebido y no quería servirle nada, así que le dije: «Lárgate de aquí y no me metas en líos». Se lo dije tal cual: «Lárgate de aquí y no me metas en líos». Tal cual. «Lárgate», le dije.

Jimmie asentía con la cabeza en un gesto de comprensión. Su rostro reflejaba que estaba deseando demostrar su valor en una crisis semejante, pero el narrador continuó:

—Pues el tipo va y me dice: «Vete al carajo, yo no busco bronca, pero», dice, «soy un ciudadano respetable y quiero una copa rápida». «Y un cuerno», le repliqué. Tal cual. «No armes una bulla». Entonces el tipo va y me dice que está tan fresco y que quiere que le sirva una copa rápida. Eso es lo que dijo. ¿Comprendes?

—Claro —dijo Jimmie. Pete continuó:

—Total, salté la barra de un brinco y le aticé de lo lindo. ¡Ya lo creo! ¡Le di en plena mandíbula! Caray, tiró una escupidera por la ventana. Yo creí que me daba algo. En esas que entra el jefe y me dice: «Pete, has hecho lo correcto. Debes mantener el orden y basta». ¿Entiendes? «Y basta», dijo. ¡Eso es lo que dijo!

Los dos jóvenes mantuvieron una conversación de tipo técnico.

—El tipo era un dandy —dijo Pete a modo de conclusión—. Pero no tenía que haber armado bulla. Eso es lo que les digo siempre. «No vengáis a mi establecimiento a montar broncas». Se lo digo tal cual. «No creéis problemas».

Mientras Jimmie y su amigo intercambiaban relatos sobre sus proezas, Maggie

permanecía en la sombra. Sus ojos se fijaban maravillados y ansiosos en el rostro de Pete. De repente, reparó en la presencia de los muebles rotos, las paredes mugrientas y el desorden y la suciedad de su casa. El conjunto entero se convirtió en una poderosa presencia. Parecía como si el aristocrático Pete pudiera mancharse. Lo observó atentamente, preguntándose si sentiría desprecio. Pero Pete parecía absorto en sus recuerdos.

—¡Caray! —exclamó—. Estos tipos no me preocupan. Saben que soy capaz de arrastrar a tres de ellos por las calles.

Cuando dijo «anda, qué demonios», su voz denotaba un profundo desdén por lo inevitable y un desprecio por todo aquello que el destino le deparara.

Maggie se dio cuenta de que en Pete encontraría a su hombre ideal. Sus pensamientos confusos solían recrearse en tierras lejanas donde, tal como dice Dios, las pequeñas colinas cantan al unísono por la mañana. Bajo los árboles de sus jardines de ensueño, siempre se paseaba un enamorado.

Capítulo 6

Pete se fijó en Maggie.

—Oye, Maggie, tienes un cuerpo precioso. Está realmente bien formado —dijo de pasada y con una sonrisa afable.

Al darse cuenta de que ella lo escuchaba con atención, relató con más elocuencia las anécdotas de su oficio. Al parecer, Pete era invencible en cualquier pelea en la que participase.

—Bueno... —dijo refiriéndose a un hombre con quien había tenido una desavenencia—. El tipejo salió corriendo como un asqueroso italianucho. Eso es. Resultó de lo más fácil. Creyó que era un matón, pero le di su merecido. ¡Ya lo creo!

Daba vueltas por la pequeña estancia, que parecía empequeñecerse aún más y ser inadecuada para contener su dignidad, el atributo esencial de todo guerrero que se precie. El balanceo de sus hombros, que había causado pavor a los temerosos cuando él no era más que un chicuelo, había aumentado considerablemente con la edad y la educación. Si a ello le sumamos su mueca de mofa, el mensaje que transmitía a sus congéneres es que no había nada en el universo capaz de asombrarle. Maggie estaba maravillada y elogiaba su grandeza. Intentaba calcular la altura de la cumbre desde la que, sin duda, la contemplaba.

—El otro día me encontré con un tipo en la ciudad —dijo—. Yo iba a ver a un amigo. El tipo en cuestión chocó conmigo al cruzar la calle, se da media vuelta y me dice: «Tú, insolente granuja», me suelta, tal cual. «Caray», le digo, «caray, vete al infierno y muérete», le digo. «Vete al infierno y muérete», así de claro se lo dije. Entonces el tipo montó en cólera. Me suelta que soy un despreciable canalla, o algo así, y que estaba destinado a la perdición. Cosas por el estilo. «Y un cuerno», le contesté, así tal cual. Luego le di una buena tunda.

Acompañado de Jimmie, Pete se marchó de casa de los Johnson envuelto en un resplandor de gloria. Asomada a la ventana, Maggie lo observó mientras descendía por la calle.

Éste sí que era un hombre que desdeñaba la fuerza de un mundo demasiado dispuesto a darse puñetazos. Éste era un hombre que despreciaba el poder revestido de bronce, un hombre cuyos nudillos eran capaces de desafiar el granito de la ley. Era un verdadero caballero andante.

Los dos hombres pasaron por debajo de las farolas parpadeantes y desaparecieron entre las sombras. Maggie dio media vuelta y contempló las oscuras y manchadas paredes así como los escasos muebles rústicos de su casa. De repente, un reloj que guardaba en su caja ovalada, que estaba astillada y abollada, le pareció un objeto abominable. Reparó en su ronco tictac. Las flores desteñidas de la alfombra le parecían asquerosas. Se dio cuenta de lo patético que había sido su intento por

arreglar una cortina harapienta con un trozo de cinta azul.

Se preguntó qué estaría cenando Pete.

Entonces pensó en el taller de cuellos y puños. Se le antojaba como un lugar sombrío con un trabajo interminable y pesado. Sin duda Pete, en su elegante puesto, estaba en contacto con gente que tenía dinero y mostraba buenos modales. Seguramente conocería a muchas chicas bonitas. Debía de tener montones de dinero.

En cambio, para ella la vida era un cúmulo de privaciones e insultos. Sintió una repentina admiración por un hombre que era capaz de desafiarla abiertamente. Pensó que si el siniestro ángel de la muerte atrapara el corazón de Pete, este se encogería de hombros y diría: «Así es la vida».

Intuyó que volvería pronto. Invirtió parte de su paga semanal en la compra de una cretona de flores para confeccionar un volante. Lo cosió con infinito cuidado y lo colgó en la repisa ligeramente inclinada que había sobre la cocina. Lo miró un buen rato desde distintos ángulos de la habitación. Quería que esta presentara un aspecto agradable el próximo domingo por la noche, cuando quizá los visitara el amigo de Jimmie. Pero Pete no apareció ese domingo.

Maggie se sintió muy incómoda al contemplar el aspecto que presentaba la estancia. Estaba convencida de que Pete no sentiría ningún tipo de admiración por esos volantes.

Al cabo de varias noches, Pete apareció ataviado con elegancia. Puesto que Maggie sólo lo había visto dos veces y había lucido trajes distintos en ambas ocasiones, tuvo la sensación de que su armario era muy abultado.

—Oye, Mag —dijo—. Ponte tu mejor vestido y el viernes saldremos a ver un espectáculo.

Se quedó un momento haciendo ostentación de su vestimenta y desapareció sin mirar el volante.

Maggie se pasó la mayor parte de los tres días siguientes inclinada sobre los eternos cuellos y puños, fantaseando sobre Pete y su entorno. Se imaginaba a un montón de mujeres enamoradas de él y creía que se decantaba peligrosamente por una chica indeterminada de apariencia encantadora, pero con un carácter desagradable.

Creía que Pete debía vivir rodeado de placeres. Gozaba de un círculo de amistades y mucha gente lo temía. Se imaginaba el brillo dorado del espectáculo al que irían. Una obra llena de colorido y melodías donde ella temía aparecer como un humilde ratoncito.

Su madre se pasó la mañana del viernes bebiendo whisky. Y durante la tarde de ese mismo día se dedicó a proferir insultos y a destrozar los muebles. Presentaba un aspecto repugnante e iba despeinada. Cuando Maggie llegó a casa a las seis y media, su madre dormitaba entre las sillas y la mesa destrozadas. Varios fragmentos de

utensilios caseros estaban esparcidos por el suelo. Había descargado toda su furia de borracha contra el volante. Éste estaba en un rincón entre un montón de harapos.

—¡Vaya! —protestó, sentándose de repente—. ¿Dónde demonios has estado? ¿Por qué no llegas más temprano a casa? Te pasas el día vagando por las calles. Menudo elemento estás hecha.

Cuando llegó Pete, Maggie lo estaba esperando vestida con un raído traje negro, en medio de los destrozos causados por su madre. La cortina había sido arrancada de un brutal manotazo y la prenda colgaba de un clavo balanceándose al son de la corriente que se filtraba por las rendijas de la ventana. Los lazos de cinta azul parecían flores violadas. El fuego de la cocina se había apagado. Las tapaderas desencajadas y las puertas abiertas dejaban entrever un montón de ceniza gris. En un rincón estaban los restos de una comida, repugnante como carne podrida. La madre de Maggie estaba tumbada en el suelo con el rostro enrojecido. Se dedicó a insultar y a maldecir a su hija.

Capítulo 7

Una orquesta de mujeres vestidas de seda amarilla y de hombres calvos tocaba un conocido vals sobre un escenario elevado en el centro de un enorme salón de tonos verdes. El establecimiento estaba lleno de gente agrupada alrededor de mesitas. Un escuadrón de camareros iba de un lado para otro entre la multitud, llevando bandejas cargadas de jarras de cerveza y sacando el cambio de sus bien provistos bolsillos. Unos muchachos, que iban vestidos como los chefs franceses, desfilaban entre las mesas para ofrecer repostería. Podía oírse el suave murmullo de las conversaciones y el tenue tintineo de los vasos. Las nubes de humo de tabaco circulaban y ondeaban en lo alto alrededor del color dorado mate de las arañas.

La inmensa multitud parecía recién salida de su trabajo. Había hombres de manos callosas vestidos con ropa que denotaba el desgaste de una vida de interminable y afanoso quehacer. Fumaban sus pipas con satisfacción y se gastaban cinco, diez o tal vez quince centavos en cerveza. Había unos cuantos hombres aquí y allá que llevaban guantes de cabritilla y fumaban puros adquiridos en otro establecimiento. Era evidente que la mayoría de parroquianos se dedicaban a un trabajo manual. También podía verse un corrillo de alemanes que descansaban plácidamente acompañados de sus esposas y de dos o tres niños. Escuchaban la música con la misma expresión que las vacas satisfechas. Un grupo de marineros de un barco de guerra, la viva estampa de la salud, pasaron las primeras horas de la noche alrededor de los pequeños veladores. De vez en cuando se oían las peroratas de los hombres achispados por la bebida y henchidos por la importancia de sus opiniones. Se limitaban a mantener conversaciones serias y confidenciales con sus interlocutores. Arriba en la galería, y en algunas secciones de la planta baja, brillaban algunos rostros femeninos impasibles. Todas las nacionalidades que convergían en el Bowery lanzaban sus miradas sobre el escenario. Pete avanzó agresivamente por uno de los pasillos laterales y se sentó con Maggie a una mesa situada bajo la galería.

—¡Un par de cervezas!

Se recostó sobre su asiento para contemplar el entorno con cierto aire de superioridad. Esta actitud tuvo un poderoso efecto sobre Maggie. Un hombre capaz de contemplar semejante espectáculo con indiferencia tenía que estar acostumbrado a ver cosas maravillosas. Era evidente que Pete había estado allí muchas veces y que el lugar le resultaba familiar. Al reparar en este hecho, Maggie se sintió empujada y novata.

Pete, en cambio, mostraba unos modales sumamente agradables y atentos. Desplegaba todas las cortesías de un caballero que sabe cómo hay que comportarse.

—¡Qué demonios! ¡Sírvele a esta señorita una copa como Dios manda! Esta

pequeña no sirve para nada.

—Venga, hombre, no se sulfure —contestó amablemente el camarero mientras se alejaba.

—¡Anda ese! —criticó Pete a espaldas del empleado.

Maggie se percató de que Pete desplegaba ante ella toda su elegancia y saber sobre el comportamiento de la clase alta. Su corazón se enterneció ante tal deferencia.

La orquesta de mujeres ataviadas con seda amarilla y de hombres calvos tocó varios compases a modo de preámbulo, y una chica vestida con un traje rosa de falda corta salió galopando al escenario. Sonrió a la multitud como si hubiera recibido una cálida bienvenida y comenzó a ir de un extremo a otro del escenario haciendo grandes gestos y cantando una melodía ininteligible con una estridente voz de soprano. Cuando inició el veloz y vibrante estribillo, varios de los hombres achispados que se habían agolpado frente al escenario se le unieron golpeando sus vasos sobre la mesa para seguir el ritmo. El público se inclinaba hacia delante con la intención de ver a la artista y escuchar la letra de la canción. Cuando la joven desapareció, se escuchó un sonoro aplauso.

Al son de unos nuevos compases, volvió a aparecer en escena en medio de los aplausos atenuados ya de los hombres achispados. La orquesta se limitó a tocar música de baile y los encajes de la bailarina revoloteaban y ondeaban bajo el resplandor de las luces de gas. Maggie reparó en el hecho de que la cantante lucía media docena de enaguas. Era evidente que una sola hubiera bastado para cumplir la función asignada a esta prenda. Algún que otro hombre se inclinaba hacia delante por la fascinación que ejercían en ellos las medias de tonos rosados. Maggie estaba maravillada ante el esplendor del vestido y trataba de calcular el coste de las sedas y los encajes.

La bailarina desplegó durante diez minutos su falseada sonrisa de entusiasmo. Al final del baile se dejó caer formando una de esas grotescas posturas que estaban de moda en esa época entre las bailarinas de los teatros de la parte alta de la ciudad, y que así alimentaban la fantasía de la clientela del Bowery al hacerles creer que disfrutaban de los mismos espectáculos que la aristocracia, pero a un precio reducido.

—Oye, Pete —comentó Maggie inclinándose hacia él—. Me encanta este lugar.

—Claro que sí —repuso él con un tono complaciente.

Después de la bailarina salió un ventrílocuo a escena. Sostenía sobre sus rodillas dos muñecos impresionantes. Les hizo entonar canciones melancólicas y contar chistes sobre geografía e Irlanda.

—¿Estos muñecos hablan de verdad? —preguntó Maggie.

—No —respondió Pete—. Es todo de mentira.

Dos chicas, que en el programa se anunciaban como hermanas, salieron al escenario y cantaron el típico dúo que a veces se oye en los conciertos patrocinados

por la Iglesia. Iba acompañado de un estilo de baile que, como es natural, nunca se ve en un concierto patrocinado por la Iglesia.

Después de la actuación del dúo, una mujer de edad indeterminada entonó una canción negra. El coro se balanceaba de un modo grotesco imitando a un mulato de una plantación cuando este se encuentra bajo el influjo de la música y la luna. El público quedó encantado con la actuación y eso obligó a la mujer a volver al escenario y cantar una triste balada, cuya letra versaba sobre el amor de una madre, de una enamorada que esperaba y de un joven desaparecido en el mar en las más espantosas circunstancias. La expresión complaciente desapareció de los rostros de parte del público. Muchas cabezas se inclinaban en un gesto que denotaba ansiedad y compasión. El último sentimiento doloroso de la pieza musical fue recibido con un sincero aplauso.

En un último esfuerzo, la cantante entonó unos versos que describían el modo en que Gran Bretaña era aniquilada por América, e Irlanda rompía sus lazos. En la última estrofa, la cantante pareció emocionarse en el punto álgido de la pieza cuidadosamente preparado en el que abrió los brazos y entonó «La bandera de estrellas centelleantes». La gente estalló en un aluvión de sonoros vítores y se oía el retumbar de las pesadas botas golpeando el suelo. Las miradas brillaban como el fuego, y las manos callosas se agitaban presas de la emoción.

Tras un breve descanso, la orquesta volvió a tocar con estrépito y un hombre bajo y grueso hizo su aparición en el escenario. Comenzó a canturrear una melodía y a patear ante las candilejas, agitando con gran excitación un reluciente sombrero de seda. También repartía generosas miradas lascivas y sonrisas. Hacía muecas exageradas a la manera de un demonio pintado en una cometa japonesa. La multitud reía con regocijo. Sus piernas cortas y gruesas se movían constantemente. Gritaba, bramaba y agitaba su peluca roja hasta que el público rompió en encendidos aplausos.

Pete no prestaba demasiada atención a lo que ocurría en el escenario. Se limitaba a beber cerveza y a observar a Maggie.

Las mejillas de la joven estaban encendidas por la emoción y le brillaban los ojos. Lanzaba hondos suspiros de satisfacción. No pensó ni un instante en el taller de cuellos y puños.

Cuando la orquesta acabó de tocar la última pieza, salieron dando empujones hasta la acera. Pete tomó a Maggie del brazo y se abrió camino entre la multitud, mostrándose peleón con un par de tipos.

Llegaron muy tarde a casa de Maggie y se detuvieron un momento delante del destartado portal.

—Oye, Maggie —propuso Pete—. Dame un beso por haberte llevado a este espectáculo, ¿eh?

Maggie se echó a reír, como si estuviera asustada, y se apartó un poco de él.

—No, Pete —dijo—, eso no forma parte del trato.

—¿Y qué demonios...? —insistió Pete.

La joven volvió a apartarse con cierto nerviosismo.

—¿Y qué demonios...? —repitió él.

Maggie cruzó corriendo el umbral de la puerta y enfiló las escaleras hacia arriba. Se dio media vuelta y le sonrió. Entonces, desapareció.

Pete anduvo tranquilamente calle abajo. Sus facciones denotaban una expresión de asombro. Se detuvo bajo una farola y suspiró sorprendido.

—¡Dios! —exclamó—. Espero que no me haya tomado por tonto.

Capítulo 8

A medida que Maggie pensaba cada vez más en Pete, empezó a sentir una profunda animadversión por su vestuario.

—¿Qué demonios te ocurre? Te pasas el día dando la lata y emperifollándote. ¡Dios Santo! —le gritaba su madre con frecuencia.

Maggie comenzó a interesarse por la moda de las mujeres elegantes con las que se cruzaba en la avenida. Envidiaba su porte y sus manos suaves. Deseaba con todas sus fuerzas poseer esas prendas que veía a diario en la calle, convencida de que eran aliados imprescindibles para una mujer.

Al observar sus rostros, pensaba que la mayoría de las jóvenes con las que se cruzaba por casualidad sonreían con serenidad como si se sintieran adoradas en todo momento y mimadas por sus enamorados.

El taller de cuellos y puños le resultaba un lugar sofocante. Comprendía que se estaba marchitando en aquella estancia calurosa y agobiante. Las ventanas mugrientas retumbaban continuamente por el traqueteo de los trenes que circulaban por el paso elevado. El lugar estaba lleno de remolinos de ruido y olores.

Contemplaba las cabezas grises de las mujeres, convertidas en meros artilugios mecánicos, afanándose trabajosamente en la costura, y se imaginaba historias sobre su juventud feliz —idealizada o real—, sus borracheras del pasado, un bebé en casa y salarios aún sin cobrar. Se preguntaba hasta cuándo perduraría su propia juventud, y comenzó a valorar el rosado de sus mejillas.

Se imaginaba a sí misma, en un futuro desesperanzador, convertida en una mujer flaca y amargada. Además, estaba convencida de que Pete era un hombre escrupuloso en lo concerniente al aspecto físico de las mujeres.

Le habría encantado que alguien estrujara entre sus dedos la grasienta barba del gordo extranjero que regentaba el taller. Era un hombre detestable. Llevaba calcetines blancos y zapatillas de deporte.

Se pasaba todo el día parloteando desde su silla mullida. Como él era el amo de la cartera, ellas no tenían la posibilidad de replicar.

—¿Para qué creéis que os pago quince dólares a la semana? ¿Para que os divirtáis? ¡De eso nada!

Maggie sentía una gran necesidad de hablar de Pete con alguna amiga. Le hubiera gustado comentar su exquisita educación con alguien de confianza. En casa, su madre acostumbraba a estar borracha y de mal humor.

Al parecer, el mundo la había tratado muy mal, y ella se cobraba su venganza sobre cualquiera que se pusiera a su alcance. Destrozaba los muebles como si, de este modo, estuviera haciendo valer sus derechos. Se henchía de virtuosa indignación cuando llevaba pequeños utensilios del hogar, uno a uno, bajo la penumbra del

emblema de las tres bolas doradas^[2], a una casa de empeños donde unos judíos los retenían con las ataduras de los intereses.

Jimmie volvía a casa cuando no tenía más remedio. Sus piernas atléticas lo llevaban dando tumbos y se metía en la cama algunas noches cuando hubiera preferido estar en otra parte.

El fanfarrón de Pete era como un enorme sol dorado para Maggie. La llevó a un museo de los horrores, donde la muchacha se asustó ante las hileras de pacíficos monstruos. Contemplaba angustiada sus deformidades y los consideraba una especie de tribu elegida.

Pete se esforzaba por hallar pasatiempos divertidos, y descubrió el zoológico de Central Park y el Museo de Arte. Pasaban allí algunas tardes de domingo. Pete no parecía demasiado interesado en esas obras. Vagaba por los pasadizos dándose aires de importancia, mientras Maggie reía con ganas.

En una ocasión, en el zoológico, Maggie entró en una suerte de trance admirativo ante el espectáculo de un monito que amenazaba a toda la jaula porque uno de sus compinches le había tirado de la cola y él no se había vuelto con la rapidez suficiente para descubrir quién era el culpable de semejante fechoría. Desde entonces, Pete siempre reconocía al mono y le guiñaba un ojo, como si quisiera convencerle de pelear con los monos más grandes que él.

En el museo, Maggie dijo:

—Es un lugar precioso.

—¡Qué demonios! —dijo Pete—. Espera un poco y en verano te llevaré a un picnic.

Mientras Maggie se perdía por las salas abovedadas, Pete se entretenía en devolver, con la misma mirada fija, la ofensiva vigilancia de los perros guardianes de los tesoros. De vez en cuando, comentaba en voz alta: «Ese memo tiene los ojos de cristal», o cosas por el estilo. Cuando se cansaba de este entretenimiento, se acercaba a las momias y las sermoneaba.

Por lo general, lo soportaba todo con silenciosa dignidad, pero a veces perdía la paciencia.

—¡Pero, qué demonios! —exclamó en una ocasión—. ¡Mira todas estas jarras! ¡Hay cien en cada hilera! Diez hileras en cada vitrina y hay unas mil vitrinas. ¿Para qué carajo servirán?

Durante la semana, la llevaba por la noche a ver representaciones en las que la arrebatadora heroína era rescatada de la casa palaciega de su tutor, que perseguía su fortuna, a manos de un héroe de nobles sentimientos. Este último pasaba casi todo el tiempo empapado en medio de tormentas de nieve de color verde pálido y parecía muy ocupado con su revólver niquelado salvando a ancianos de las garras de los malos.

Maggie sentía una profunda compasión por la pareja errante que se profesaba su amor en las tormentas de nieve bajo los alegres colores de la ventana de una iglesia. En el interior, un coro entonaba la canción «Alegría en el mundo». Para Maggie y el resto del público, la escena adquiría un realismo trascendente. La felicidad siempre mora en el interior, y ellos, al igual que el actor, quedaban inevitablemente fuera. Viendo aquello, se sumergían en un éxtasis de lástima por su propia condición, real o imaginaria.

La joven pensaba que la arrogancia y la frialdad del corazón del magnate de la historia estaban muy bien logradas. Secundaba los insultos que el público de la galería lanzaba contra ese individuo cuando el diálogo lo obligaba a revelar su extremo egoísmo.

Personas en la sombra entre el público se rebelaban contra las maldades descritas en el drama. Abucheaban con empeño el vicio y aplaudían la virtud. Los hombres de probada maldad evidenciaban una sincera admiración por la virtud.

La ruidosa galería se mostraba totalmente a favor de los oprimidos y los desgraciados. Animaban con sus gritos al incansable héroe e insultaban al malo, abucheándolo y criticando su arrogancia. Cuando alguien fallecía en medio de esas tormentas de tonos verdes pálidos, la galería se lamentaba. Contemplaban con interés esa desgracia imaginada y la abrazaban como propia.

El héroe, en su errática marcha desde la pobreza en el primer acto hasta la riqueza y el triunfo en el último, cuando perdonaba a los enemigos que habían sobrevivido, siempre recibía el apoyo del público, que aplaudía sus nobles y generosos sentimientos y atacaba los discursos de sus oponentes haciendo observaciones irrelevantes pero muy agudas. El público se enfrentaba continuamente con los actores que habían tenido la mala fortuna de que les tocara el papel del malo. Si uno de ellos declamaba su parte en la que pudiera darse una sutil distinción entre el bien y el mal, la galería se daba cuenta inmediatamente de si las intenciones del actor eran perversas, y lo abucheaban como se merecía.

El último acto siempre acababa con el triunfo del héroe, de procedencia humilde y pobre como las masas, que representaba al público, ante el malo y el rico, el hombre de corazón tiránico que se mostraba imperturbable ante el sufrimiento.

Maggie siempre salía con el espíritu renovado cada vez que veía uno de esos melodramas. Se alegraba de ver cómo los pobres y los virtuosos vencían a los ricos y perversos. Se preguntaba si la cultura y el refinamiento que había visto imitados en el escenario, con cierta exageración, por la heroína, podrían estar al alcance de una joven que vivía en una casa de apartamentos y trabajaba en un taller de camisas.

Capítulo 9

Un grupo de muchachos acechaba la puerta lateral de un bar. Sus ojos brillaban con expectación. Retorcían los dedos con nerviosismo.

—Aquí viene —gritó de repente uno de ellos.

El corrillo estalló inmediatamente en mil pedazos y sus fragmentos se desparramaron en un amplio y respetuoso semicírculo alrededor de su centro de interés. La puerta del bar se abrió ruidosamente y apareció la figura de una mujer en el umbral. El pelo gris le caía sobre los hombros formando una masa enmarañada. Su rostro de color carmesí estaba bañado de sudor. Sus ojos inquietos echaban fuego.

—¡No vas a volver a ver ni un centavo mío, ni un maldito centavo! Llevo tres años gastando aquí mi dinero y ahora me sales con que no puedes venderme más... ¡Vete al infierno, Johnnie Murckre! ¿De qué jaleo me estás hablando? ¡Vete al infierno, Johnnie...!

Alguien le pegó un nervioso puntapié a la puerta desde dentro y la mujer salió disparada hacia la acera dando pesados traspiés.

Los muchachos que formaban el semicírculo se pusieron muy nerviosos. Empezaron a dar saltos y a gritar, a abuchear y a proferir insultos. Sonreían abiertamente con malicia.

La mujer se lanzó hecha una furia contra un grupo de chicos que se había mostrado muy descarado. Ellos rieron divertidos y luego se escabulleron, interpellándola mientras se alejaban varios metros. La mujer permaneció en el borde de la acera, tambaleándose e insultándolos.

—¡Demonios de críos! —exclamó, agitando violentamente los puños. Los chicos daban gritos de júbilo. Cuando comenzó a enfilar la calle hacia arriba, el corrillo la siguió ruidosamente. De vez en cuando, ella se daba la vuelta y cargaba contra ellos. Pero se escabullían con agilidad y se burlaban de ella.

Se detuvo por unos instantes en el umbral de una puerta mugrienta, al tiempo que profería insultos. Su pelo revuelto, al agitarse, daba a sus facciones enrojecidas un aire de locura. Sus enormes puños temblaban al blandirlos.

Los muchachos continuaron con su terrorífico estruendo hasta que ella dio media vuelta y desapareció. Entonces se marcharon en silencio por donde habían venido. La mujer estuvo dando tumbos por el vestíbulo del bloque de pisos, y subió la escalera dando bandazos. En uno de los pasillos de arriba se abrió una puerta y se asomaron varias cabezas, mirando con curiosidad. La mujer se enfrentó con la puerta lanzando un grito de ira, pero esta se cerró de golpe y alguien echó la llave.

Permaneció inmóvil durante unos minutos, desafiando frenéticamente las paredes.

—Sal al pasillo, Mary Murphy, maldita seas, sal si quieres y pelea. Acércate, perra ladradora.

Comenzó a patear la puerta con sus enormes pies. Gritaba con furia y desafió el universo a que apareciera para librar batalla. Sus insultos desataron la voz de alarma entre las puertas de todos los vecinos menos a los que amenazaban. Sus ojos refulgían en todas direcciones y blandía los puños.

—Venga, maldita pandilla —rugía contra los espectadores. Recibió una sarta de insultos a modo de réplica, acompañados de un sinfín de silbidos, abucheos y risas de mofa. Varios proyectiles se estrellaron a sus pies.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó una voz desde la oscuridad. Jimmie apareció como salido de la nada. Llevaba una fiambarrera en la mano y un fardo con el delantal marrón de conductor bajo el brazo—. ¿Qué demonios está pasando? —insistió.

—Venga, salid todos, salid —aullaba su madre—. Salid que os voy a destrozar los sesos.

—Cierra el pico y entra en casa, maldita vieja —refunfuñó Jimmie. Ella avanzó hacia su hijo y le retorció los dedos en la cara. Sus ojos lanzaban llamaradas de cólera y todo su cuerpo temblaba por las ansias de pelea.

—¡Al infierno contigo! ¿Y quién demonios eres tú? ¡Me importas un comino! —exclamó. Giró su inmensa espalda en un gesto de total desprecio y subió las escaleras hasta el piso superior.

Jimmie la siguió al tiempo que la insultaba amenazadoramente. Al final del tramo asió a su madre por el brazo y comenzó a arrastrarla hasta la puerta del piso.

—¡Entra en casa, maldita seas! —exclamó.

—¡Quítame las manos de encima! ¡Quítame las manos de encima! —chilló su madre.

Levantó el brazo y lanzó su enorme puño contra el rostro de su hijo. Jimmie agachó la cabeza y recibió el golpe en la nuca.

—¡Maldita seas! —masculló de nuevo. Con los dedos de la mano izquierda le sujetó con fuerza el brazo. Madre e hijo comenzaron a forcejear como un par de gladiadores.

Un alarido emergió de los pisos de Rum Alley, y el pasillo se llenó de curiosos.

—¡Eh, vieja, ese golpe estuvo muy bien!

—¡Tres a uno por el rojo!

—Pero bueno, ¡dejad ya esta pelea!

La puerta de la casa de los Johnson se abrió, y Maggie asomó la cabeza. Jimmie hizo un último esfuerzo y logró que su madre entrara. La siguió rápidamente y cerró la puerta. El vecindario de Rum Alley parecía decepcionado y al cabo de un rato se dispersó.

La madre se levantó lentamente del suelo. Sus ojos brillaban amenazadoramente hacia sus hijos.

—Vale ya —empezó Jimmie—. Basta. Ahora siéntate y no causes más problemas.

La asió del brazo y, mientras se lo retorció, la obligó a sentarse sobre una silla que crujía.

—Quítame las manos de encima —protestó de nuevo su madre.

—Maldito sea tu pellejo —gritó Jimmie hecho una furia. Maggie chilló y se fue corriendo a otra habitación. En ella pudo oír el ruido provocado por un sinfín de destrozos e insultos. Se escuchó un gran estrépito final y la voz de Jimmie gritó:

—Maldita seas, estate quieta.

Maggie abrió la puerta y se aventuró a salir.

—Oh, Jimmie.

El muchacho estaba apoyado contra la pared y soltaba palabrotas. Tenía sangre en sus brazos musculosos porque se los había arañado contra el suelo y las paredes durante el forcejeo. La madre yacía en el suelo y chillaba, mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro surcado de arrugas.

Maggie permanecía de pie en el centro de la habitación, y contemplaba la escena. Se acababa de producir el acostumbrado cataclismo con las mesas y las sillas. Había cacharos rotos esparcidos por todas partes. La cocina estaba desplazada y apenas se sostenía en pie. Se había caído un cubo y el agua se había desparramado en todas direcciones. Pete abrió la puerta y se encogió de hombros:

—¡Dios mío! —exclamó.

Se acercó a Maggie y le susurró al oído:

—¡Qué demonios, Maggie, salgamos a pasarlo bien!

La madre seguía recostada en un rincón. Levantó la cabeza y sacudió su cabellera despeinada.

—Al infierno con los dos —dijo fulminando a su hija con la mirada desde la oscuridad. Sus ojos parecían arder de forma siniestra—. Te estás echando a perder, Mag Johnson, lo sabes perfectamente. Eres una desgracia para los tuyos, maldita seas. Y ahora, vete con ese chulo. Vete al infierno con él y espero no volverte a ver. Vete al infierno y a ver qué tal te va.

Maggie se quedó mirando un buen rato a su madre.

—Vete al infierno y a ver cómo te va. ¡Vete, no quiero chicas como tu en mi casa! ¡Vete! ¿Me oyes? Maldita seas, ¡vete!

La joven se echó a temblar.

En ese momento, Pete se acercó.

—Qué demonios, Mag —susurró Pete al oído de Maggie—. Todo esto pasará. La vieja se repondrá a primera hora. Ven conmigo, y verás lo bien que lo pasamos.

La madre profirió insultos desde el suelo. Jimmie estaba absorto con sus brazos. La joven contempló la habitación, que estaba recubierta de una masa informe de

escombros, y el enrojecido y contorsionado cuerpo de su madre.

—Vete al infierno y que te pudras.

Maggie se marchó.

Capítulo 10

Jimmie tenía la sensación de que no era de buena educación que un amigo se presentara a casa para seducir a su hermana. Pero tampoco estaba seguro de hasta qué punto Pete conocía las normas de buena conducta.

A la noche siguiente volvió tarde del trabajo. Al cruzar los pasillos del edificio, se encontró con la retorcida y curtida cara de la vieja dueña de la caja de música. Sonreía a la luz tenue que se filtraba a través de los cristales polvorientos. Le hizo señas con un dedo sucio.

—Ah, Jimmie, ¿a qué no sabes con qué me topé anoche? Es lo más gracioso que he visto en mi vida —exclamó, acercándose y mirando al muchacho de soslayo. Se moría por contar su historia—. Anoche estaba junto a mi puerta, cuando tu hermana y el chulo de su novio llegaron muy tarde. Ella, la pobre, estaba llorando como si se le rompiera el corazón. Es lo más curioso que he visto en mi vida. Y justo aquí, al lado de mi puerta, ella le preguntó si la quería. Lloraba como si se le fuera a romper el corazón, a la pobre. Y él, por la manera como le contestó, se notaba que ella se lo había preguntado más veces. Le dijo «Qué demonios, sí».

El rostro de Jimmie se ensombreció, pero se dio media vuelta para alejarse de la anciana y subió las escaleras.

—«Qué demonios, sí» —gritó la mujer. Soltó una risotada parecida a un graznido profético—. «Qué demonios, sí» —insistió ella.

No había nadie en casa. Por lo visto, alguien se había esforzado por ordenar las habitaciones. Una parte de los destrozos del día anterior había sido reparada por una mano inexperta. Una silla o dos y la mesa se tambaleaban sobre unas patas endebles. El suelo estaba recién barrido. Las cintas azules volvían a lucir en las cortinas, y el volante, con sus grandes manojos de trigo amarillo y rosas rojas de igual medida, colgaba de nuevo sobre la repisa, aunque en un estado lamentable. La chaqueta y el sombrero de Maggie habían desaparecido del clavo que sobresalía detrás de la puerta.

Jimmie se acercó a la ventana y miró a través del sucio cristal. Se le pasó por la cabeza la idea de si las mujeres que conocía tenían hermanos.

De repente, sintió ganas de soltar tacos.

—¡Se supone que es amigo mío! ¡Yo lo traje aquí! ¡Eso es lo peor!

Se enfadó mucho y empezó a dar vueltas por la habitación hasta que su ira se convirtió en furia.

—Voy a matar a ese tipo. ¡Eso es lo que voy a hacer! ¡Voy a matarlo!

Cogió el sombrero y se apresuró a cruzar la puerta. Pero esta se abrió de repente y la inmensa mole de su madre le bloqueó el paso.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó la mujer.

Jimmie dejó escapar un insulto entre dientes y se rió con amargura.

—Que Maggie está perdida, eso es lo que ocurre, ¿es que no lo sabes?

—¿Qué? —insistió la madre.

—Maggie está perdida, ¿es que estás sorda? —rugió Jimmie con impaciencia.

—Eso es lo que tú crees —murmuró la madre con cierta expresión de sorpresa.

Él soltó un gruñido y se asomó a la ventana. Su madre se sentó en una silla, pero no tardó en levantarse para soltar una sarta de insultos. Jimmie se dio media vuelta y contempló cómo ella daba tumbos y se balanceaba en medio de la habitación. Su rostro aparecía convulsionado, y los brazos amoratados se levantaban en un gesto amenazador.

—¡Qué Dios la maldiga eternamente! —chilló—. ¡Qué no tenga para comer más que tierra y piedras de la calle! ¡Qué duerma en el arroyo y no vea nunca más la luz del sol! Será...

—Déjalo ya. Piérdete.

La madre alzó los ojos hacia su hijo con expresión de dolor.

—Es hija del diablo, Jimmie —susurró—. ¿Quién hubiera pensado que una chica tan mala podría crecer en nuestra familia? Jimmie, hijo mío, ¿cuántas horas has pasado diciéndole que se condenaría si hacía la calle? Y después de haberla criado, y de haber hablado con ella, escoge el camino de la perdición como un pato el agua.

Le resbalaban las lágrimas por su rostro cubierto de arrugas. Las manos le temblaban.

—Y cuando a Sadie MacAllister, la vecina de al lado, la perdió aquel chico que trabajaba en la fábrica de jabón, ¿acaso no le dije a Maggie...?

—Bueno, eso es otra cosa —interrumpió el hermano—. Claro, Sadie era buena y todo eso, pero... no es lo mismo. Maggie es distinta, muy distinta.

Jimmie se esforzaba por formular una teoría que siempre había defendido inconscientemente, a saber, que todas las hermanas, excepto la suya, podían perderse.

De pronto, estalló de nuevo:

—¡Voy a partirle la cara al tipo que le ha hecho daño! ¡Voy a matarlo! Cree que puede librarse de mí, pero cuando vaya a por él, se va a enterar de lo equivocado que está, el maldito sinvergüenza. ¡Lo voy a arrastrar por las calles!

Jimmie salió del apartamento como un vendaval. Cuando hubo desaparecido, la madre levantó las manos en un gesto de súplica.

—¡Qué Dios la maldiga eternamente! —exclamó.

En la oscuridad del pasillo, Jimmie advirtió la presencia de un corrillo de mujeres que charlaban. Al pasar a su lado, no le prestaron la menor atención.

—Siempre fue muy osada —oyó como decía una de ellas con afán—. Coqueteaba con todos los muchachos que venían a casa. Mi Annie dice que la desvergonzada intentó conquistar a su hombre, a su propio hombre, nosotros que hasta conocíamos a su padre.

—Esto te lo podría haber dicho yo hace un par de años —comentó una mujer en tono triunfante—. Sí señor, hace más de dos años que le dije a mi viejo: «Esta niña de los Johnson no es buena pieza», le dije. «Qué demonios», me replicó. «De acuerdo», le contesté, «pero yo ya sé lo que me digo. Tú espera y verás», le advertí, «ya lo verás».

—Cualquiera que tuviera ojos podía ver que algo le pasaba a esa chica. Nunca me gustó su actitud.

En la calle, Jimmie se encontró a un amigo.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó.

Jimmie entró en detalles.

—Voy a darle tal paliza que no podrá sostenerse en pie.

—¿Y de qué te va a servir? Te meterán en la cárcel. Todo el mundo estará metido en el ajo, y son diez dólares, caramba.

Jimmie parecía muy decidido.

—Cree que puede salirse con la suya, pero se va a enterar.

—Caramba —repuso el amigo—. ¡Qué demonios!

Capítulo 11

Los ventanales de un edificio situado en una esquina derramaban reflejos amarillos sobre las aceras. La boca entreabierta de un bar llamaba seductoramente a los viandantes para que entraran a ahogar sus penas o a buscar pelea.

El interior del establecimiento estaba empapelado en tonos verde oliva y bronce, imitando cuero. A lo largo de un costado del local se extendía una barra de bar de falsa solidez. Detrás, llegando a la altura del techo, se levantaba un inmenso aparador que parecía ser de caoba. Sobre sus estantes descansaban pilas de resplandecientes vasos que nunca llegaban a tocarse. Su imagen se multiplicaba en los espejos del aparador. Entre los vasos había limones, naranjas y servilletas de papel, alineados todos ellos con precisión matemática. Varias botellas de licores multicolores se alzaban a intervalos regulares sobre los estantes inferiores. Una caja registradora niquelada ocupaba el centro exacto del conjunto. En una primera impresión, daba el efecto de opulencia y de exactitud geométrica.

Enfrente de la barra, un mostrador más pequeño sostenía unas fuentes en las que se amontonaban restos de galletas, lonchas de jamón, trozos de queso desperdigados y encurtidos remojados en vinagre. Dominaba un olor a manos sucias y codiciosas y el masticar de las bocas.

Pete, enfundado en una chaqueta blanca, estaba detrás de la barra, inclinado en actitud expectante hacia un cliente muy callado.

—Una cerveza —pidió el hombre. Pete sirvió un vaso recubierto de espuma y, mientras aún goteaba, lo colocó sobre la barra. En ese momento, las ligeras puertas de bambú de la entrada se abrieron de par en par hasta estrellarse contra los paneles laterales. Jimmie entró con un acompañante. Se acercaron al bar pavoneándose con una pose beligerante y contemplaron a Pete con ojos turbios y parpadeantes.

—Ginebra —pidió Jimmie.

—Ginebra —repitió el acompañante.

Pete hizo deslizar una botella y dos vasos a lo largo de la barra. Con la cabeza inclinada, empezó a pulir con gran diligencia la madera reluciente de la superficie. Su mirada tenía una expresión vigilante.

Jimmie y su acompañante miraban fijamente al barman y conversaban en voz alta con un tono de desprecio.

—¡Es un conquistador, por Dios! —exclamó Jimmie.

—¡Ya lo creo! —apuntó el acompañante esbozando una sonrisa burlona—. Es un tipo serio. Mírale la cara... es como para que se te pongan los pelos de punta en plena noche.

El forastero silencioso se apartó y mantuvo una actitud totalmente desinteresada.

—¡Caramba, no me digas que no es alguien importante!

—Fíjate qué guapo. ¡Dios Santo!

—¡Eh! —gritó Jimmie en tono mandón. Pete se acercó poco a poco, moviendo ligeramente el labio inferior en un gesto de amenaza.

—¿Qué mosca os ha picado?

—¡Ginebra! —repitió Jimmie.

—¡Ginebra! —apuntó el acompañante.

Cuando Pete se enfrentó a ellos con la botella y los vasos se echaron a reír delante de sus narices. El acompañante de Jimmie, lleno de regocijo, apuntó en dirección a Pete con su sucio dedo.

—Oye, Jimmie —incitó—. ¿Qué demonios es eso que hay detrás de la barra?

—No tengo la menor idea —reconoció Jimmie mientras soltaba una risotada. Pete colocó la botella sobre la barra con un golpe y mostró su lado más amenazador. Enseñó los dientes y levantó los hombros.

—De mí no os vais a reír —dijo—. Bebeos la ginebra, y largaos de aquí sin armar jaleo.

La sonrisa del rostro de los hombres desapareció de inmediato para dejar paso a una expresión de dignidad ofendida.

—¿Quién demonios te ha dicho nada? —gritaron los dos jóvenes al unísono.

El forastero silencioso miró con intención hacia la puerta.

—¡Venga! —dijo Pete a los dos hombres—. No me toméis por tonto. Bebed la copa y largaos sin armar jaleo.

—¡Vete al infierno! —soltó Jimmie.

—¡Vete al infierno! —repitió el acompañante.

—Nos iremos cuando nos dé la gana, ¿te enteras? —continuó Jimmie.

—Muy bien —contestó Pete con voz amenazadora—. Pero no arméis jaleo.

De repente, Jimmie se inclinó hacia delante con la cabeza ladeada. Gruñó como un animal salvaje.

—¿Y qué pasa si queremos armar jaleo?

El rostro de Pete enrojeció y lanzó a Jimmie una peligrosa mirada.

—Entonces mediremos quién es el mejor, si tú o yo.

Jimmie comenzó a envalentonarse.

—No me tomes por un tipo blando. Cuando me incitas, debes saber que estás provocando a uno de los mejores de la ciudad, ¿sabes? Soy un pendenciero, eso es lo que soy. ¿A que sí, Bill?

—Claro —respondió su acompañante con total convicción.

—¿Qué demonios —dijo Pete impasible—. Vete al carajo.

Los dos se echaron de nuevo a reír.

—¿Quién es ése que habla? —preguntó el acompañante.

—Que me cuelguen si lo sé —replicó Jimmie con exagerado desdén.

Pete hizo un gesto furioso.

—Marchad ahora mismo y no arméis jaleo. Estáis buscando pelea, y es muy posible que la encontréis si seguís atacando. Os conozco de sobras. Puedo con hombres de una calaña que no habéis visto en vuestra vida. No me toméis por idiota, porque os vais a encontrar tirados en una cuneta antes de que os deis cuenta. Cuando salga de detrás de la barra, os echo a los dos a la calle, ¿nos vamos entendiendo?

—¡Diablos! —exclamaron a coro los dos hombres.

Los ojos de Pete brillaron como los de una pantera.

—Eso es lo que he dicho, ¿entendido?

Atravesó un pasillo situado al final de la barra y se acercó con aire provocador a los dos hombres. Ellos avanzaron raudos y lo rodearon.

Parecían tres gallos de pelea con las plumas erizadas. Movían la cabeza amenazadoramente y mantenían los hombros tensos. Los músculos de la boca se les crispaban con una forzada sonrisa de mofa.

—¿Qué demonios vas a hacer? —masculló Jimmie.

Pete retrocedió cautelosamente un paso y agitó las manos para evitar que se le acercaran demasiado.

—¿Qué demonios vas a hacer? —repitió el compañero de Jimmie. Se mantenían cerca de su presa, desafiándolo y mirándolo de reojo. Querían que él asestara el primer golpe.

—¡Alejaos! Ni os acerquéis —dijo Pete con tono amenazador.

Ellos, como si formaran una especie de coro, exclamaron de nuevo, con desdén:

—¡Demonios!

Mientras componían un agitado grupito, los tres hombres tomaban posiciones como fragatas a punto de entrar en batalla.

—Entonces, ¿por qué no intentas echarnos? —exclamaron Jimmie y su aliado con muecas burlonas. Los rostros de los muchachos exhibían el mismo valor de los bulldogs. Sus puños apretados se movían como armas impacientes.

Los dos amigos daban empujones a los codos del barman, observándolo con ojos febriles y empujándolo hacia la pared.

De repente, Pete enrojeció y sus ojos relampaguearon. Lanzó el brazo hacia atrás y dio un rápido y tremendo puñetazo al rostro de Jimmie. Adelantó un paso y todo el peso de su cuerpo recayó sobre su puño. Con la misma rapidez de un gato, Jimmie esquivó la cabeza al estilo de los matones de Bowery. Sus furiosos golpes de respuesta y los de su compañero se estrellaron contra la cabeza ladeada de Pete.

El cliente silencioso desapareció.

Los puños de los combatientes se movían como látigos. Sus rostros, que instantes atrás habían enrojecido de furia, ahora presentaban la palidez de los guerreros en

medio del fragor de una sangrienta batalla. Sus labios se enroscaban y se distendían sobre las encías formando muecas demoníacas. A través de sus dientes blancos y rechinantes se escapaban insultos roncós. Los ojos brillaban con un fulgor asesino.

Manténían la cabeza agazapada entre los hombros y movían los brazos con increíble rapidez. Los pies arañaban el suelo pulido. Los golpes dejaban manchas rojizas en la piel pálida. En menos de un minuto cesaron los insultos. Los labios de los luchadores dejaban escapar los silbidos de su aliento, y los tres pechos palpitaban con intensidad. De vez en cuando, Pete lanzaba siseos apagados y jadeantes, como si expresaran el deseo de matar. El compañero de Jimmie balbuceaba como un loco herido. Jimmie permanecía en silencio, luchando con la misma expresión de un sacerdote que llevara a cabo un sacrificio ritual. Los ojos de los tres jóvenes brillaban de rabia mientras agitaban los puños enrojecidos.

En un momento de titubeo, uno de los puñetazos de Pete golpeó al compañero de Jimmie y este cayó al suelo. Se levantó al cabo de unos instantes, y, después de asir el vaso del forastero desaparecido, lo lanzó contra la cabeza de Pete.

Estalló contra la pared como una bomba, esparciendo fragmentos en todas direcciones. Hasta aquel momento las manos de los hombres habían estado vacías de proyectiles, pero de pronto los vasos y botellas comenzaron a volar por los aires. Los lanzaban a quemarropa a las cabezas. La pirámide de vasos resplandecientes, que nunca se tocaban, se transformó en una cascada cuando impactaron varias botellas contra ella. Los espejos quedaron reducidos a añicos.

Los tres seres que sacaban espuma por la boca y se peleaban en el suelo se enzarzaron en un sangriento frenesí. Detrás de la estela de proyectiles y puños se escucharon algunas desconocidas oraciones, quizá fúnebres.

El silencioso forastero cayó despatarrado teatralmente sobre la acera, y las risas se escucharon a lo largo de media manzana de la avenida.

—Han echado a un tipo a la calle.

La gente acudió a raudales al oír el ruido de cristales rotos y de pies arrastrándose dentro del bar. Se había formado un corrillo que observaba agazapado por debajo de las puertas de bambú la rotura de cristales y los tres pares de violentas piernas. El corrillo no tardó en convertirse rápidamente en una multitud.

Un policía se acercó corriendo por la acera y se precipitó hacia el interior del establecimiento. La multitud se replegó para concentrar sus ansias de observación.

Jimmie fue el primero que se percató de la interrupción que se acercaba. Cuando se tenía en pie, sentía el mismo respeto por la policía que por un camión de bomberos cuando montaba en su carreta. Lanzó un aullido y se precipitó hacia la puerta lateral.

El policía avanzó a zancadas, sosteniendo una porra en la mano. Un giro amplio de su arma arrojó al compañero de Jimmie contra el suelo y empujó a Pete contra un rincón. Con la mano libre se esforzó por agarrar los faldones de la chaqueta de

Jimmie. Recobró el equilibrio e hizo una pausa.

—Bueno, menudas pintas. ¿Qué demonios habéis estado haciendo?

Jimmie, con el rostro empapado de sangre, se escapó por una callejuela lateral, seguido a corta distancia por aquellos miembros de la multitud que o bien eran los más amantes de la ley o los que estaban más impresionados por la escena.

Más tarde, desde el oscuro abrigo que ofrecía una esquina, vio al policía, al compañero y al camarero salir del establecimiento. Pete cerró las puertas y subió la avenida detrás del policía rodeado por la multitud.

En un primer momento Jimmie, a quien le latía fuertemente el corazón por el calor de la lucha, pensó en ir a rescatar a su amigo, pero se detuvo.

—Anda, ¿qué demonios? —se preguntó.

Capítulo 12

Maggie y Pete estaban sentados bebiendo cerveza en un salón de formas irregulares. Una obediente orquesta, dirigida por un hombre con gafas y pelo desaliñado, vestido de etiqueta, seguía diligentemente las inclinaciones de su cabeza y los movimientos de su batuta. Una cantante de baladas, enfundada en un traje escarlata, cantaba con una inevitable voz metálica. Cuando hubo desaparecido, los hombres sentados en las mesas de primera fila aplaudieron con entusiasmo y golpearon la madera reluciente con sus jarras de cerveza. La artista volvió a aparecer con un traje más escueto y cantó de nuevo. Recibió otro aplauso entusiasta en el bis. Salió al escenario una tercera vez, con un traje aún más corto, y se puso a bailar. El ruido ensordecedor de los vasos y los aplausos que siguieron a su salida indicaban un deseo abrumador de que reapareciera por cuarta vez, pero el interés del público no fue satisfecho.

Maggie estaba pálida. Toda la confianza en sí misma había desaparecido de su mirada. Se inclinaba con aire sumiso hacia su acompañante. Parecía tímida, como temerosa del enfado o desagrado de él. Tenía el aspecto de mendigar algo de ternura.

El aire valeroso de Pete había ido en aumento hasta alcanzar dimensiones amenazadoras. Se mostraba sumamente amable con la joven, y era evidente que su condescendencia obraba maravillas en ella.

Incluso sentado parecía pavonearse, y por el modo como escupía demostraba que era un león de talante señorial.

Se enorgullecía de dar órdenes a las camareras mientras Maggie lo contemplaba extasiada, pero éstas eran o indiferentes o sordas.

—¡Venga, moveos! ¿Qué demonios estáis mirando? Dos cervezas, ¿me oís?

Se repantingó y contempló con mirada crítica la figura de una joven con peluca de un tono rubio paja que movía los pies sobre el escenario en una torpe imitación de una célebre bailarina.

En ocasiones, Maggie hacía largas confidencias a Pete sobre su vida, describiendo con todo lujo de detalles las hazañas de sus familiares y las dificultades que ella había tenido que superar para conseguir un mínimo de bienestar. Él respondía con una entonación cercana a la filantropía. Le estrechaba el brazo con gesto de tranquilizadora posesión.

—Son buenas piezas —decía en alusión a su madre y hermano.

El sonido de la música, que gracias a los buenos oficios del director de cabellos desaliñados se deslizaba hasta sus oídos a través del ambiente enrarecido por el humo, hacía soñar a Maggie. Pensaba en su antiguo entorno de Rum Alley, y contemplaba los poderosos puños protectores de Pete. Recordaba el taller de cuellos y puños y las eternas quejas del propietario: «¿Para qué demonios creéis que os pago

quince dólares a la semana? ¿Para que os divirtáis? Pues no hay paga». Contemplaba la mirada penetrante de Pete y se daba cuenta de la riqueza y prosperidad que delataba su vestimenta. Se imaginaba un futuro de color de rosa sólo por el mero hecho de estar tan alejado de todas sus experiencias del pasado.

En cuanto al presente, sólo alcanzaba a ver razones imprecisas para sentirse abatida. Ahora su vida pertenecía a Pete y creía que él era digno del compromiso. Mientras él la adorara como ahora aseguraba hacerlo, ninguna preocupación podía turbarla. No tenía conciencia de ser una mala mujer. En su opinión, nunca había estado mejor.

A veces, cuando los hombres de las otras mesas contemplaban furtivamente a la joven, Pete, al darse cuenta, la miraba y sonreía. Se sentía orgulloso.

—Mag, eres preciosa —exclamaba, observando su rostro entre las volutas de humo. Maggie tenía miedo de los hombres, pero se ruborizaba al oír las palabras de Pete y darse cuenta de que era la niña de sus ojos.

Varios hombres de pelo canoso, que exhibían una patética actitud de disipación, también la observaban a través del humo. Los jóvenes de mejillas tersas, algunos con los rostros endurecidos y de bocas pecaminosas, que no alcanzaban en patetismo a los hombres canosos, trataban de captar la mirada de la joven entre los torbellinos de humo. Maggie consideraba que ella no era lo que ellos pensaban. Se limitaba a mirar a Pete y al escenario.

La orquesta tocaba melodías negras y un batería versátil golpeaba, vapuleaba, repiqueteaba y arañaba varios instrumentos con tal de hacer ruido. Las miradas de los hombres, lanzadas furtivamente con los párpados entrecerrados, hacían temblar a Maggie. Pensaba que todos eran peores que Pete.

—Venga, vámonos —dijo ella.

Al salir, Maggie reparó en la presencia de dos mujeres sentadas a una mesa con varios hombres. Iban maquilladas y sus mejillas habían perdido redondez. Al pasar junto a ellas, la joven, con un movimiento de retroceso, recogió su falda.

Capítulo 13

Después de la pelea con Pete en el bar, Jimmie no volvió a casa durante varios días. Cuando por fin lo hizo, se acercó con extrema cautela.

Descubrió que su madre estaba furiosa. Maggie no había vuelto a casa. La madre no cesaba de preguntarse cómo una hija suya podía haber llegado a tal situación. Nunca había pensado que su hija fuera una perla virginal que el cielo había dejado caer en Rum Alley, pero le parecía inconcebible que hubiera caído tan bajo y hecho recaer la infamia sobre su familia. Era muy severa al juzgar las maldades de su hija.

No le gustaba que los vecinos cotillearan. Cuando venían otras mujeres y en el transcurso de la conversación preguntaban «¿Dónde está Maggie últimamente?», la madre sacudía su desaliñada cabeza y las dejaba atónitas con sus insultos. Rechazaba vehementemente las astutas insinuaciones que invitaban a la confidencia.

—Ah, con la educación que ha recibido, ¿cómo ha podido hacer algo así? —se lamentaba ante su hijo—. ¡Con lo que yo he hablado con ella y la de cosas que le dije que recordara siempre! Cuando se educa a una joven tal como eduqué yo a Maggie, ¿cómo es posible ir por el mal camino?

Jimmie se quedaba paralizado ante estas preguntas. No podía concebir cómo, dadas las circunstancias, la hija de su madre y su propia hermana podía haber sido tan perversa. La madre bebió un sorbo de una botella que había sobre la mesa. Continuó con su sarta de lamentos.

—Tenía mal corazón, Jimmie. Tenía mal corazón y nosotros nunca lo supimos.

Jimmie asintió en un gesto de aceptación de la realidad.

—Vivimos en la misma casa y la criamos y nunca supimos lo mala que era.

Jimmie asintió de nuevo.

—Con una madre como yo y un hogar como este, y se echó a perder... —exclamó la madre, levantando la mirada hacia el cielo.

Un día, Jimmie llegó a casa y, al sentarse, empezó a revolverse con un nuevo y extraño nerviosismo. Al final habló con una expresión de vergüenza en la cara.

—Mira, ¡estamos fastidiados! Creo que sería mejor si, en fin, que pudiera dar con ella para traerla a casa...

La madre se levantó de un respingo y estalló con apasionada furia.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dejarla venir para que duerma bajo el mismo techo que su madre? ¿Lo dices de verdad? Deberías avergonzarte, Jimmie Johnson, de hablar así a tu propia madre... ¡A tu propia madre! Jamás pensé...

Se ahogó en sollozos e interrumpió sus reproches.

—Bueno, no es para tanto —dijo Jimmie—. Yo sólo pensaba que sería mejor si mantuviéramos oculto todo este asunto. ¿Nos perjudica, sabes?

Su madre lanzó una risotada que pareció reverberar por toda la ciudad en un eco amplificado por el resto de carcajadas.

—¡Ah, sí! ¡Muy bien, entonces!

—Pero ¿tú crees que soy idiota? —dijo Jimmie indignado ante la burla de su madre—. Yo no he dicho que la convirtiéramos en un ángel virginal, pero tal como está ahora nos está perjudicando. ¿Es que no te das cuenta?

—Claro, ya se cansará de esa vida y entonces querrá volver a casa, la muy zorra. ¡No se lo permitiré!

—Bueno, no estaba pensando precisamente en esas bobadas de la hija pródiga —aclaró Jimmie.

—De todos modos, no era una hija pródiga, tonto —apuntó la madre—, sino el hijo pródigo.

—Ya lo sé —replicó Jimmie.

Permanecieron un rato en silencio. La mirada de la madre se regodeaba contemplando las vívidas escenas de su imaginación. Sus labios esbozaban una sonrisa vindicativa.

—Llorará, ya lo verás, y nos contará que Pete o cualquier otro hombre la pega, dirá que lo siente y que no es feliz, y que por eso quiere regresar a casa, ya lo creo.

Con un humor siniestro la madre imitaba los posibles lamentos de su hija.

—Así que yo la recogeré, claro, la muy cretina. Puede llorar todo lo que quiera, porque no ensuciará mi casa con su presencia. Ha insultado y maltratado a su propia madre... a su propia madre que tanto la quería, y no va a volver a tener otra oportunidad.

Jimmie estaba pensando que conocía muy bien la debilidad femenina, pero no podía comprender por qué alguien de su familia tenía que ser una de las víctimas.

—Maldita sea —dijo con fervor.

De nuevo se preguntó vagamente si alguna de las mujeres que él conocía tenía hermanos. Sin embargo, ni se le pasó por la cabeza identificarse con uno de esos hermanos ni a su hermana con las de ellos. Después de que la madre consiguiera, con gran dificultad, contener a los vecinos, volvió a reunirse con ellos y proclamó su sufrimiento:

—¡Qué Dios la perdone! —exclamaba continuamente. Y recitaba todo el serial de sus penas ante sus atentos oídos—. ¡La eduqué como se debe educar a una hija y así es cómo me lo paga! A la primera oportunidad se echó a perder. Que Dios la perdone.

Cuando la arrestaban por borracha recurría al relato de la caída de su hija, que siempre producía un gran efecto en los jueces. Por último, uno de ellos le dijo, contemplándola por encima de sus gafas.

—Mary, tu expediente en este juzgado y los de otras instancias muestran que eres la madre de cuarenta y dos hijas seducidas. Tu caso no tiene parangón en los anales

de este juzgado y pienso...

La madre se pasaba el día derramando lágrimas. Su rostro enrojecido era la viva imagen del sufrimiento. Por supuesto, Jimmie insultó a su hermana públicamente con tal de colocarse en un plano social más elevado. Pero mientras le daba vueltas a la cabeza, llegó sin saber por qué a la conclusión de que su hermana habría sido auténticamente buena si hubiera sabido cómo serlo.

No obstante, tuvo la sensación de que no podía mantener tal opinión, y la descartó rápidamente de su mente.

Capítulo 14

En un bullicioso salón había veintiocho mesas y veintiocho mujeres, así como una multitud de hombres fumando. Una orquesta, compuesta de hombres que parecían estar allí por casualidad, emitía un fuerte alboroto sobre un escenario situado en un extremo del salón. Los camareros, con sus camisas manchadas, correteaban de un lado para otro, descendiendo como halcones sobre los incautos, moviéndose ruidosamente por los pasillos, cargando bandejas repletas de vasos, tropezando con las faldas de las mujeres, y cobrando el doble por todo menos por la cerveza. Actuaban con una rapidez que desdibujaba la visión de las palmeras y las polvorientas monstruosidades pintadas en las paredes de la sala. Un experimentado guardaespaldas se mezclaba en la multitud arrastrando a los tímidos forasteros hacia las sillas preferentes, al tiempo que daba órdenes a los camareros y discutía acaloradamente con los hombres que insistían en cantar con la orquesta.

No faltaba la acostumbrada nube de humo, pero era tan densa que parecía que las cabezas y los brazos se enredaran en ella. El murmullo apagado de las conversaciones se convertía aquí en un estruendo. La gente profería insultos. El aire de la estancia vibraba con las voces agudas de las mujeres que charlaban entre risas de borrachera. La característica principal de la música de la orquesta era la velocidad. Los músicos tocaban con gran empeño. Una mujer cantaba y sonreía sobre el escenario, pero nadie le hacía el menor caso. El ritmo que marcaban el piano, la corneta y los violines daba un aire salvaje a la muchedumbre medio ebria. Los vasos de cerveza se vaciaban de un trago y la conversación se convertía en un veloz charloteo. El humo revoloteaba y se arremolinaba en el aire como un misterioso río que se precipitara por una cascada invisible. Pete y Maggie entraron en el salón y se sentaron en una mesa junto a la puerta. La mujer que estaba apostada junto a la entrada hizo un intento por atraer la atención de Pete, pero se marchó al ver truncados sus esfuerzos.

Hacía tres semanas que Maggie había abandonado su hogar. Su aire de dependencia perruna había aumentado y mostraba su efecto directo en la peculiar negligencia y desenvoltura con la que Pete la trataba.

Maggie seguía con los ojos a Pete, requiriendo con sonrisas una mirada agradable por parte de él.

Una mujer radiante y audaz, acompañada de un joven anodino, entró en la sala de fiestas y se sentó cerca de su mesa.

Pete se puso de pie de un salto, sonriendo por la agradable sorpresa.

—Por Dios, ¡ahí está Nellie! —exclamó.

Se acercó a la mesa y extendió la mano con prontitud.

—Vaya, Pete, muchacho, ¿cómo te va? —saludó la mujer mientras le tendía la mano.

Maggie se fijó inmediatamente en ella. Observó que el traje negro que lucía le sentaba a la perfección. El cuello de hilo y los puños estaban immaculados. Los guantes de color canela se ceñían a sus esbeltas manos. Sobre su cabellera oscura llevaba con gran elegancia un sombrero de última moda. No lucía joyas e iba maquillada con discreción. Miraba con ojos perspicaces a los hombres que la contemplaban fijamente.

—Siéntate y tráete a tu amiga —invitó cordialmente a Pete.

Obedeciendo sus señas, Maggie se acercó y se sentó entre Pete y el joven.

—Creí que te habías marchado para siempre —dijo Pete para iniciar una conversación—. ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo te fue el asunto de Buffalo?

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, no tenía tanto dinero como aparentaba, así que me lo quité, de encima, eso es todo.

—Pues me alegro de que estés de vuelta —comentó Pete con torpe galantería.

Él y la mujer se enzarzaron en una larga conversación en la que se intercambiaron recuerdos de otros tiempos. Maggie permanecía en silencio, consciente muy a su pesar de que era incapaz de articular una frase inteligente que tuviera que ver con esa conversación.

Observó cómo brillaban los ojos de Pete al contemplar a la bella forastera. Escuchaba con una sonrisa todas sus palabras. La mujer estaba enterada de todos los detalles de su vida, le preguntaba por amigos comunes y hasta sabía lo que ganaba.

No hacía ningún caso de Maggie: la miró un par de veces, pero al parecer sólo veía la pared.

El joven estaba apagado, aunque al principio los había recibido con exclamaciones de bienvenida.

—¡Vamos a tomar una copa! ¿Qué te apetece, Nellie? Y usted, señorita, también. Tome una copa, señor, quiero decir... usted.

Se había mostrado muy ansioso por controlar la conversación y explicarles todos los detalles sobre su familia. Hablaba en voz muy alta sobre cualquier tema. Adoptó un aire condescendiente hacia Pete. Puesto que Maggie permanecía en silencio, no le hizo caso. Exhibió la riqueza que prodigaba sobre la audaz y radiante mujer.

—Por favor, Freddy, cállate. Charlas por los codos, querido —protestó la mujer. Se dio media vuelta y dedicó toda su atención a Pete.

—Lo volveremos a pasar muy bien juntos, ¿a que sí?

—Claro —respondió Pete, entusiasmado de pronto ante esta perspectiva.

—Escucha —murmuró la mujer inclinándose hacia delante—. Si vamos a casa de Billie lo pasaremos de maravilla.

—Bueno, lo que pasa es que voy con esta amiga... —dijo Pete.

—¡Qué se vaya al infierno! —exclamó la mujer.

Pete pareció turbado.

—Muy bien —protestó la mujer negando con la cabeza—. ¡Estupendo! ¡Ya verás la próxima vez que me pidas que salga contigo!

Pete movió agitadamente en su silla.

—Escucha —dijo en tono de súplica—. Atiéndeme un minuto y te explicaré por qué.

La mujer hizo un ademán de despedida.

—Está bien, no tienes que explicarme nada. No te vienes conmigo sencillamente porque no te vienes conmigo, eso es todo.

Para disgusto de Pete, ella se volvió hacia el joven, y este gesto lo salvó de enfurecerse aún más. Había estado pensando en si sería de hombres buscar pelea con Pete, o si tenía razones suficientes para golpearle salvajemente, sin más ni más, con su vaso de cerveza. Pero se recuperó tan pronto como la mujer se volvió hacia él y comenzó a sonreírle de nuevo. La miró satisfecho con una expresión que oscilaba entre la embriaguez y la ternura.

—Venga, quítate de encima a esa cotorra de Bowery —solicitó en un audible susurro.

—Freddy, qué gracioso eres —contestó ella.

Pete se inclinó hacia la joven y la asió del brazo.

—Sal conmigo un minuto y te explicaré por qué no puedo irme contigo. ¡Me estás haciendo una faena, Nell, y nunca lo pensé de ti! ¿Vienes? —Pete parecía ofendido.

—Francamente, no veo por qué tienen que interesarme tus explicaciones —arguyó la mujer con una frialdad que dejó helado a Pete. Éste la observaba con una mirada de súplica.

—Sal un minuto y te lo explico.

La mujer ladeó la cabeza hacia Maggie y el joven.

—Disculpadme un momento.

El joven interrumpió su sonrisa de adoración y lanzó una seca mirada a Pete. Su rostro juvenil enrojeció y se lamentó a la mujer.

—Hombre, Nellie, esto no está bien. ¿No me vas a dejar para irte con este tipo? Me parece que...

—Pero bueno, querido, por supuesto que no —protestó la mujer afectuosamente. Se inclinó y le susurró al oído. Él sonrió de nuevo y se acomodó en la silla, como si de pronto se mostrara dispuesto a esperar pacientemente.

Mientras la mujer caminaba entre las filas de mesas, Pete hablaba con convicción a su lado como si le diera explicaciones. La mujer movía las manos con aire de afectada indiferencia. Las puertas se cerraron tras de sí, dejando a Maggie y al joven solos.

Maggie estaba aturdida. Apenas alcanzaba a comprender que acababa de ocurrir

algo de gran trascendencia. Se preguntaba por qué a Pete le parecía adecuado discutir con esa mujer y suplicar con su mirada que lo perdonara. Le pareció discernir un aire de sumisión en su arrogante Pete. No salía de su asombro.

El joven se entretenía con las bebidas y un puro. Permaneció en absoluto silencio durante media hora. Entonces se revolvió en la silla y habló.

—Bueno —dijo con un suspiro—. Ya me imaginaba que ocurriría esto. —De nuevo se hizo el silencio. El joven adoptó una actitud meditativa.

—Me ha estado tomando el pelo, eso es todo —sentenció de repente—. Es una vergüenza cómo se comporta esa chica. Vayámonos, esta noche me he gastado más de dos dólares en bebidas. Va y se larga con ese rufián que parece que le hayan curtido la cara con un troquel. Eso es tratar mal a un chico como yo. Eh, camarero, tráigame un cóctel y que sea de los fuertes.

Maggie no contestó. Se dedicaba a vigilar la puerta.

—Es una faena —se quejó el joven—. Pero me las pagaré, ya lo creo. De esta no me olvido, ni hablar —añadió con un guiño—. Le pienso decir claramente que ha sido una faena. Y no creas que me va a convencer con sus «Freddy querido». Se cree que me llamo Freddy, pero ese no es mi verdadero nombre. A este tipo de personas siempre les digo un nombre por el estilo, porque si conocen el verdadero pueden aprovecharse, ¿me entiendes? Ah, no creas que pueden tomarme el pelo fácilmente. Maggie no escuchaba al joven porque seguía prestando atención a las puertas. El muchacho volvió a sucumbir en la melancolía y, con aire decidido, se tomó un buen número de cócteles, como si con ello estuviera desafiando el destino. De vez en cuando estallaba en una sarta de invectivas.

La muchacha seguía con la mirada fija en las puertas. Al cabo de un rato, el joven empezó a ver doble. Hizo un esfuerzo por ser amable e insistió en que ella tomara una *charlotte russe* y un vaso de cerveza.

—Se han ido —apuntó—. Ya se han marchado —añadió mientras observaba a Maggie a través de las espirales de humo—. Oye, bonita, vamos a hacer lo que podamos. No estás nada mal, ¿sabes? Nada mal. Claro que resulta imposible compararte con Nell. Ella es muy guapa. Guapísima. A su lado tú no vales nada, pero tú sola no estás mal. De todos modos, eres lo único que hay, pero no estás mal.

Maggie se puso en pie.

—Me voy a casa —anunció.

El joven se sobresaltó.

—¿Qué? ¿A casa? —exclamó asombrado—. Perdona, ¿has dicho a casa?

—Me voy a casa —repitió la joven.

—Dios mío, ¿pero esto qué es? —Freddy no salía de su asombro.

El joven acompañó a Maggie hasta el interior de un autobús, aunque apenas se sostenía en pie. Pagó su billete con ostentación, la miró con amabilidad a través de la

ventanilla trasera y se cayó de las escaleras al bajar.

Capítulo 15

Una mujer de aspecto desamparado caminaba por una avenida iluminada. La calle estaba llena de gente que se dirigía apresuradamente a sus tareas. Una multitud interminable se lanzaba escaleras arriba hacia el tren, y los carruajes estaban atestados de personas cargados con paquetes.

La mujer de aspecto desamparado caminaba con lentitud. Por lo visto, buscaba a alguien. Iba de bar en bar para observar a los hombres que salían de esos establecimientos. Escudriñaba furtivamente entre los rostros del torrente de personas que circulaba por las calles. Hombres apresurados, que intentaban coger un barco o un tren, la empujaban sin fijarse en ella, puesto que sólo pensaban en la cena todavía lejana.

La mujer de aspecto desamparado tenía un rostro extraño. Su sonrisa no era tal. Pero cuando sus facciones se relajaban, adquirían el aspecto sombrío de mueca sardónica, como si un dedo cruel hubiera dibujado líneas imborrables junto a su boca.

Jimmie se acercaba paseando por la avenida. La mujer, con aire acongojado, se encontró con él.

—Oh, Jimmie, te he estado buscando por todas partes... —anunció.

Jimmie hizo un gesto que denotaba impaciencia y aceleró el paso.

—¡Venga, no me des la lata, Dios santo! —exclamó con la brutalidad de un hombre cuando se le molesta.

La mujer lo siguió suplicante por la acera.

—Pero Jimmie, me dijiste que tú...

Jimmie se dio la vuelta echo una furia, como si hubiera decidido conseguir la paz y la tranquilidad de una vez por todas.

—¡Por Dios, Hattie, no me sigas por toda la ciudad! Déjame en paz, te lo ruego. ¡Dame un respiro! Me aburres, siempre andas detrás de mí. ¿Es que no tienes dos dedos de frente? ¿Qué quieres, que todo el mundo se entere? Lárgate, haz el favor.

La mujer se acercó a él y le asió el brazo.

—Escúchame...

Jimmie soltó un gruñido.

—Vete al infierno.

Desapareció rápidamente a través de la puerta de un café cercano y, al cabo de unos instantes, reapareció entre las sombras que envolvían la puerta lateral. Observó a la mujer de aspecto desamparado que deambulaba por la resplandeciente avenida, yendo de un lado para otro como si fuera una exploradora. Jimmie soltó unas carcajadas de alivio y se marchó.

Al llegar a casa, encontró a su madre profiriendo gritos. Maggie había vuelto. Estaba de pie, temblando bajo el torrente de furia de su madre.

—Vaya, menuda sorpresa —dijo Jimmie a modo de saludo.

Su madre, que daba tumbos por la habitación, la señalaba con un dedo tembloroso.

—Mírala, Jimmie, mírala. Ahí está tu hermana, muchacho. Ahí está tu hermana. ¡Mírala, mírala!

La mujer se reía con burla.

La joven estaba en medio de la estancia y se movía como si fuera incapaz de encontrar un lugar donde colocar los pies.

—¡Ja, ja, ja! —exclamaba la madre—. Ahí la tienes. ¿A que es muy mona? Fíjate en ella, ¿no es un encanto de chiquilla? ¡Mírala!

Se abalanzó hacia ella y colocó sus enrojecidas y arrugadas manos sobre el rostro de su hija. Se inclinó y escudriñó atentamente sus ojos.

—Vaya, es la misma de siempre, ¿a que sí? Es la preferida de mamá, ¿a que sí? ¡Mírala, Jimmie! Ven aquí y mírala.

Los gritos de desprecio de la madre atrajeron la atención de los vecinos de Rum Alley. Las mujeres salieron a los pasillos. Los niños correteaban de un lado para otro.

—¿Qué pasa? ¿Los Johnson vuelven a pelearse?

—¡No! ¡Mag ha vuelto a casa!

—No es posible...

Un corrillo de curiosos observaba a Maggie desde las puertas. Los niños se aventuraban dentro de la habitación y la miraban con ojos atónitos como si estuvieran en primera fila de un teatro. En el exterior, las mujeres se apiñaban y murmuraban, moviendo la cabeza con aire filosofal. Un bebé, dominado por la curiosidad hacia ese objeto al que de pronto todos admiraban, se arrastró hacia delante y tocó su vestido con sumo cuidado, como si estuviera acercándose a un fogón al rojo vivo. La voz de su madre sonó como una trompeta. Se abalanzó sobre el niño y lo cogió, lanzando una terrible mirada de indignación hacia la joven. La madre de Maggie iba de un lado a otro de la estancia y, dirigiéndose hacia los ojos que la observaban, declamaba como si fuera un actor grandilocuente en un museo. Su voz retumbaba por todo el edificio.

—¡Ahí está! —gritaba mientras señalaba a su hija con el dedo en un gesto de gran dramatismo—. ¡Ahí está! ¡Miradla! ¿No es un encanto? ¿A que es una monada? ¡Dios santo!

Los gritos de mofa terminaron en otro estallido de estridentes risas.

La joven pareció despertar de su letargo.

—Jimmie...

El muchacho retrocedió varios pasos de un respingo.

—Bueno, mira en lo qué te has convertido —dijo con una sonrisa de desdén. Su frente resplandecía de virtud, y las manos que la rechazaban tenían miedo de

contaminarse.

Maggie se dio media vuelta y se marchó.

La multitud congregada a la puerta se apartó precipitadamente. Un bebé se cayó junto al umbral, lo cual provocó que la madre del pequeño se echara a gritar como un animal malherido. Otra vecina se lanzó hacia él y lo recogió con ahínco como si acabara de salvar a un ser humano a punto de ser arrollado por un tren.

Mientras Maggie atravesaba el pasillo, las puertas abiertas enmarcaban más ojos de mirada extrañamente microscópica, que lanzaban rayos de inquisitiva luz en la oscuridad de su camino. En el segundo piso se encontró con la vieja y carcomida dueña de la caja de música.

—¡Vaya! —gritó—. De modo que has vuelto. ¿Ya te han echado? Bueno, ven y duerme aquí la noche. Yo no tengo sentido de la moral.

Aún se escuchaba el incesante parloteo del piso de arriba, en el que dominaban por encima de todo las burlas de la madre de Maggie.

Capítulo 16

Pete no se sentía culpable de la pérdida de Maggie. Si solo se hubiera detenido a pensar que su alma ya no volvería a sonreír, habría llegado a la conclusión de que la madre y el hermano, que de modo tan teatral se habían comportado en este asunto, eran los verdaderos responsables.

Además, en su mundo, las almas no contaban con ser capaces de sonreír. «¿Qué demonios?».

Pete se sentía un poco atrapado, y eso lo perturbaba. Ciertos cotilleos y escándalos podían hacer enfadar al dueño del bar, el cual insistía en mantener la más estricta moralidad. «¿Por qué demonios armaban tanto alboroto?» se preguntaba, hastiado de la actitud de la familia. No entendía por qué se tuvieran que perder los nervios simplemente porque una hija o una hermana hubiera pasado una temporada fuera de casa.

Mientras trataba de pensar en posibles explicaciones a su comportamiento, llegó a la conclusión de que los motivos de Maggie eran razonables, pero que los otros dos querían atraparlo. Se sintió perseguido.

La mujer radiante y audaz con la que se había encontrado en el bullicioso salón de fiestas tendía a ridiculizarlo.

—Una cosita pálida, sin espíritu —decía—. ¿Te fijaste en la expresión de sus ojos? Había en ellos algo hogareño y virtuoso. Quizá es esta manera curiosa de mover la comisura de la boca. Querido, mi atormentado Pete, ¿qué te está pasando?

Pete contestaba sin pensarlo dos veces que la chica jamás le había interesado. La mujer lo interrumpía con una carcajada.

—A mí me da exactamente igual, mi querido joven. No tienes que darme explicaciones. ¿Por qué tendría que preocuparme?

Pero Pete seguía con sus aclaraciones. Si alguien se burlaba de sus gustos sobre mujeres, se sentía obligado a decir que eran algo pasajero o que le resultaban indiferentes.

La mañana después del día en que Maggie se había marchado de casa, Pete estaba detrás de la barra. Tenía un aspecto imaculado, iba vestido con una americana blanca y un delantal, y lucía el pelo cuidadosamente engominado sobre la frente. No había ningún cliente. Pete limpiaba un vaso de cerveza con una servilleta, silbando levemente y levantando el objeto de sus atenciones a la luz de un débil rayo de sol que había podido atravesar las espesas persianas y adentrarse en el salón en sombras.

Mientras pensaba lánguidamente en la mujer radiante y audaz, el barman levantó la cabeza y miró hacia los resquicios de las puertas de bambú. De repente dejó de silbar. Vio pasar a Maggie caminando lentamente. Se asustó, temeroso por la ya mencionada gran respetabilidad del lugar.

Echó una mirada rápida y nerviosa a su alrededor, ya que de pronto se sintió culpable. El establecimiento estaba vacío. Se acercó a toda prisa a la entrada. Abrió la puerta, miró hacia afuera y vio a Maggie, que permanecía con aire indeciso en la esquina. Sus ojos examinaban el lugar.

Cuando se dio la vuelta hacia él, Pete le hizo señas apremiantes, deseoso de volver rápidamente a su puesto detrás de la barra y al ambiente respetable en el que tanto insistía el dueño.

Maggie fue hacia él, la mirada de ansiedad había desaparecido de su rostro y esbozó una sonrisa.

—Oh, Pete... —empezó a decir con alegría.

El barman hizo un gesto brusco de impaciencia.

—¡Dios santo! —gritó con vehemencia—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quieres crearme problemas? —preguntó con aire ofendido.

Las facciones de la joven reflejaban perplejidad:

—Pero Pete, tú me dijiste...

Pete la miró con profunda irritación. Enrojeció con toda la furia de un hombre que ve amenazada su respetabilidad.

—Oye, me estás hartando, ¿sabes? ¿Por qué me sigues? ¡Me vas a crear problemas con mi jefe y se va a enfadar! Si ve a una mujer por aquí, se pondrá furioso y me quedará sin trabajo. ¿Es que no tienes sentido común? Deja de molestarme, tu hermano vino aquí un día, armó jaleo y al viejo por poco le da algo. Ahora me la voy a cargar, ¿sabes? Me la voy a cargar.

La joven lo miró fijamente a la cara.

—Pete, no te acuerdas...

—¡Qué demonios! —interrumpió Pete, anticipándose a sus palabras.

La joven parecía mantener una lucha consigo misma. Parecía confusa y era incapaz de hablar. Al final dijo en voz baja.

—Pero ¿a dónde puedo ir?

La pregunta exasperó a Pete. Era un claro intento de cargarle con la responsabilidad de un asunto que no le concernía. Empezó a hablarle presa de la indignación.

—¡Vete al infierno! —exclamó mientras daba un furioso portazo para, poco después, volver a su apariencia de respetabilidad.

Maggie se marchó.

Anduvo sin rumbo a lo largo de varias manzanas. En cierto momento se detuvo y se preguntó en voz alta a sí misma:

—¿Quién?

Un hombre que pasaba junto a ella se dio por aludido y le dijo con un tono animado:

—¿Qué? ¿Quién? ¡Nadie! Yo no he dicho nada —respondió el hombre entre risas.

Pronto la joven descubrió que, si seguía caminando, los hombres la mirarían con ojos intencionados. Se asustó y aceleró la marcha. A modo de defensa, adoptó una actitud de determinación, como si hubiera decidido ir a alguna parte.

Al cabo de un rato abandonó el bullicio de las avenidas y atravesó varias filas de casas de aspecto sólido y severo. Ladeó la cabeza ante la sensación de que éstas la estaban contemplando con una mirada seria.

De repente se topó con un robusto caballero que lucía un sombrero de seda y un casto abrigo negro. Llevaba los botones abrochados desde las rodillas hasta la barbilla. La joven había oído hablar de la Gracia de Dios, y decidió acercarse a ese hombre.

Su rostro resplandeciente y rechoncho era la viva imagen de la benevolencia y la bondad de corazón. En sus ojos se traslucía la clemencia.

Cuando la joven se acercó a él tímidamente, hizo un brusco ademán y salvó su respetabilidad apartándose enérgicamente. No quiso arriesgarla para salvar un alma. ¿Cómo iba a saber que había un alma que necesitaba ser salvada?

Capítulo 17

Una tarde de lluvia, trascurridos varios meses desde el episodio anterior, dos filas interminables de carruajes, tirados por caballos que iban dando patinazos, avanzaban tintineantes por una elegante calle lateral. Una docena de taxis, con sus conductores enfundados en abrigos, se desplazaban de un lado para otro con gran estruendo. Las luces eléctricas zumbaban tenuemente y derramaban un borroso resplandor. Un vendedor de flores golpeaba el suelo impacientemente con los pies. Su nariz y la mercancía que vendía relucían bajo la lluvia, mientras permanecía de pie tras un despliegue de rosas y crisantemos. De dos o tres teatros emergía una multitud hacia las aceras barridas por la tormenta. Los hombres se ajustaban los sombreros y se subían el cuello del abrigo para taparse las orejas. Las mujeres encogían los hombros con impaciencia bajo sus cálidas capas y se detenían un momento a recogerse la falda antes de caminar bajo el vendaval. La gente, que había permanecido relativamente en silencio durante dos horas, estallaba en ruidosas conversaciones, porque sus corazones seguían emocionados por el fulgor del escenario.

Las aceras se convirtieron en agitados mares de paraguas. Los hombres se adelantaban unos pasos para detener los taxis, levantando la mano en gestos que variaban desde la amable solicitud al requerimiento imperativo. Una procesión interminable se dirigía a la estación. Parecía extenderse sobre la muchedumbre una atmósfera de satisfacción y prosperidad, quizás nacida de las ropas caras y de acabar de salir de un lugar que ayudaba a olvidar.

Entre la mezcla de luces y sombras de un parque cercano, un grupo de personajes errantes, que mostraba actitudes de tristeza crónica, se encontraba desperdigado por los bancos.

Una joven que formaba parte de las pintorescas cohortes de la ciudad avanzaba por la calle. Lanzaba varias miradas a los hombres con quienes se cruzaba, sonriendo seductoramente a los de aspecto rústico e ineducado, e ignorando, al menos en apariencia, a los de corte más cosmopolita.

Mientras cruzaba las brillantes avenidas, se mezcló entre el gentío que salía del lugar donde todo se olvida. Pasó rápidamente a través de la multitud, como si tuviera que llegar a un lugar lejano, inclinándose hacia delante envuelta en una elegante capa, mientras se recogía cuidadosamente la falda y buscaba con sus bien calzados pies los puntos más secos de la acera.

Las agitadas puertas de los bares, que no cesaban de balancearse, dejaban entrever filas animadas de hombres apostados junto a la barra y a los apresurados camareros.

Desde la calle se escuchaba, procedente de una sala de conciertos, el tenue sonido

de una música rápida y traqueteante, como si la estuviera tocando un diligente grupo de músicos fantasmales.

Un joven alto que fumaba un cigarrillo con aires de suficiencia, pasó junto a la joven. Iba vestido de etiqueta, tenía bigote, lucía un crisantemo y parecía aburrido. Su actitud era vigilante. Al ver que la joven avanzaba haciendo caso omiso de su presencia, la contempló con gran interés. La observó unos instantes con los ojos vidriosos, pero se sobresaltó levemente al darse cuenta de que no era una recién llegada, ni venía de París ni pertenecía al mundo del espectáculo. Dio media vuelta y contempló el vacío, como si fuera un marinero manejando un reflector.

Un robusto caballero, de ostentosas y generosas patillas, pasó impasible junto a la muchacha, dándole desdeñosamente la espalda.

Un hombre mayor que parecía tener prisa por conseguir un coche e iba vestido con ropa de oficina, chocó contra su hombro.

—¡Cuidado, Mary, perdona! Animo, muchacha —la asió por el brazo ayudándola a recobrar el equilibrio, y luego desapareció corriendo por el centro de la calle.

La joven se alejó de la zona de los bares y restaurantes. Cruzó otras majestuosas avenidas y se adentró en espacios más oscuros que aquellos por los que se movía la multitud.

Un joven vestido con un abrigo ligero y sombrero hongo recibió la mirada penetrante de la joven. Se detuvo y la miró, hundiendo las manos en los bolsillos y esbozando una sonrisa de burla.

—¡Venga, ya, que no soy un cateto! —exclamó el hombre.

Poco después pasó un trabajador que cargaba un montón de paquetes bajo el brazo. Él respondió a los comentarios de la joven:

—Hace muy buena noche, ¿verdad?

La muchacha sonrió abiertamente a un pipiolo que andaba a toda prisa con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. Sus rizos rubios se balanceaban sobre sus sienes juveniles, y los labios dibujaban una alegre y despreocupada sonrisa. Él volvió la cabeza y le devolvió el gesto, saludándola con la mano.

—¡Hoy no, quizás otro día!

Un borracho se cruzó en su camino dando bandazos y comenzó a rugir:

—No tengo dinero, maldita sea —gritó con voz quejumbrosa. Subió la calle dando traspies y lamentándose—. Maldita sea, no tengo dinero, no me queda dinero.

La joven se adentró en una zona lóbrega junto al río, donde los altos edificios de las fábricas encerraban la calle y sólo algunos rayos de luz ocasionales procedentes de los bares brillaban tenuemente sobre el pavimento. Enfrente de uno de ellos, desde el cual llegaba la tonadilla de unos violines arañados con energía, el golpeteo de los pies sobre la madera y el reverberar de unas risas, estaba un hombre de facciones amoratadas.

—Hola —dijo la joven.

—Tengo una cita —respondió el hombre.

En las profundidades de la oscuridad, la joven se encontró con un hombre harapiento, de mirada aviesa, ojos enrojecidos y manos mugrientas.

—¿Acaso crees que soy millonario?

Se adentró en la oscuridad de la última manzana. Las contraventanas de los edificios altos estaban cerradas, asemejándose a unos labios de expresión adusta. Las casas parecían tener ojos que miraban más allá de donde ella estaba. A lo lejos resplandecían las luces de la avenida como si estuvieran a una distancia inalcanzable. Las campanillas de los tranvías tintineaban alegremente.

Junto al río, la joven divisó una enorme figura. Al acercarse, se dio cuenta de que era un hombre grueso y gigantesco que estaba envuelto en harapos grasientos. Su pelo grisáceo le caía por la frente. Sus ojos pequeños y turbios, que brillaban enterrados entre pliegues de grasa rojiza, recorrieron ávidamente el rostro de la joven vuelto hacia él. Lanzó una risotada y sus dientes negros y desalineados brillaron bajo el hirsuto bigote gris del que goteaba cerveza. Todo su cuerpo se estremecía y temblaba como el de una medusa muerta. Mirándola con ojos lascivos y riéndose entre dientes, decidió seguir a la joven de vida alegre.

A sus pies, el río tenía un color fúnebre. Una fábrica oculta emitía un resplandor amarillo que por un momento iluminó las aguas aceitosas que lamían los maderos flotantes. Los diversos sonidos de la vida, que la distancia hacía más alegres y que parecían inalcanzables, llegaban tenuemente hasta desvanecerse en un total silencio.

Capítulo 18

En un reservado de un café estaba sentado un hombre con media docena de mujeres que reían alegremente y revoloteaban a su alrededor. El hombre había alcanzado ese estado de embriaguez en el que uno siente afecto por el universo.

—Soy un buen muchacho, chicas —decía en tono convincente—. Soy bueno de verdad. ¡Si alguien se porta bien conmigo, yo me porto bien con él!

Las mujeres respondieron con signos de aprobación:

—Por supuesto —exclamaron en un coro entusiasta—. Tú eres de la clase de hombres que apreciamos, Pete. ¡Eres increíble! ¿A qué nos vas a invitar ahora?

—¡Maldita sea! A lo que queráis —dijo el hombre rebosando magnanimidad. Su rostro brillaba con un verdadero espíritu de benevolencia. Tenía las maneras de un misionero. Hubiera sido capaz de fraternizar con los mismísimos hotentotes. Sobre todo, se sentía abrumado de ternura hacia sus amistades, las cuales eran todas insignes.

—¡Maldita sea! A lo que queráis —repitió, agitando las manos con imprudente generosidad—. Soy un buen muchacho si la gente se porta bien conmigo. ¡Acércate! —gritó a un camarero a través de la puerta—. Tráeles unas copas a estas chicas, de inmediato. ¿Qué vais a tomar, chicas? Lo que queráis, maldita sea.

El camarero lo miró de soslayo, con la expresión de desaprobación con el que se observa a quienes beben demasiado. Tomó nota de lo que había pedido cada una y se marchó.

—¡Maldita sea! —exclamó el hombre—. Lo estamos pasando en grande. Sois estupendas chicas, de lo mejorcito. Embargado por sus sentimientos, charló un rato acerca de las cualidades del grupo.

—No intentéis tomarme el pelo, pero pasadlo bien. ¡Eso es lo que hay que hacer! Si me diera cuenta de que estáis intentando aprovecharos de mí, no os invitaría a nada. Pero vosotras sois estupendas. ¡Sabéis cómo tratar a un hombre, y yo me quedo con vosotras hasta que se me termine el dinero! Eso es, soy un buen muchacho y sé muy bien cuándo la gente se porta bien conmigo.

Mientras el camarero entraba y salía, el hombre prosiguió su disertación sobre el amor por todos los seres vivientes. Subrayó la pureza de sus motivos en el trato con todo el mundo, y habló sobre el fervor de su amistad hacia todos aquellos que eran afectuosos con él. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le temblaba la voz al hablar.

Una de las veces en que el camarero iba a salir con una bandeja vacía, sacó una moneda del bolsillo y se la mostró.

—Toma —dijo con aire magnánimo—. Aquí tienes veinticinco centavos.

El camarero continuó sosteniendo la bandeja.

—No quiero su dinero —respondió.

El otro le mostraba la moneda con un aire apenado.

—¡Toma, maldita sea! —gritó—. ¡Acéptala! Eres un buen muchacho y quiero que la cojas.

—Bueno, bueno —respondió el camarero con el hastío propio de la persona que está obligada a dar consejos—. Guárdese su dinero. Está usted bebido y está haciendo el tonto.

Mientras el camarero cruzaba la puerta, el hombre se volvió hacia las mujeres con una actitud patética.

—No sabe que soy un buen muchacho —comentó con tristeza.

—No te preocupes, Pete, querido —dijo una mujer radiante y audaz mientras lo asía afectuosamente por el brazo—. No te preocupes, ¡nosotras te apoyamos!

—¡Eso es! —exclamó el hombre mientras su rostro se iluminaba ante el tono apaciguador de la mujer—. ¡Eso es, soy un buen muchacho y cuando alguien se porta bien conmigo, yo me porto bien con él!

—¡Por supuesto! —repitieron las mujeres—. Y no te vamos a dejar escapar.

El hombre alzó sus ojos suplicantes hacia la mujer radiante y audaz. Estaba convencido de que se moriría si alguien lo acusara de una acción despreciable.

—Oye, Nell, qué carajo, yo siempre te he tratado bien, ¿a que sí? Siempre he sido bueno contigo, ¿verdad?

—Por supuesto, Pete —respondió la mujer. Luego pronunció un discurso dirigido a sus compañeras—. Sí señor, esa es la realidad. Pete es un chico como Dios manda. Nunca deja colgadas a sus amistades. Es un chico recto y nosotras lo apoyamos, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —fue su respuesta—. Mirando con adoración a Pete, levantaron los vasos y bebieron a su salud.

—Chicas —imploró el hombre—. Siempre os he tratado bien, ¿a que sí? ¿Verdad que soy un buen muchacho?

—¡Por supuesto! —repitieron de nuevo a coro.

—Bueno —repuso Pete—, en ese caso, tomemos otra copa.

—Eso es —aplaudió la otra mujer—. Eso es. ¡No eres ningún pilluelo, sino que te gastas el dinero como un hombre! ¡Eso es!

Pete golpeó la mesa con sus temblorosos puños.

—¡Sí señor! —gritó con fervor, como si alguien se lo hubiera discutido—. Soy un buen muchacho y cuando alguien se porta bien conmigo yo siempre... Tomemos otra copa.

Comenzó a golpear el tablero con su vaso.

—¡Oye! —aulló con impaciencia. Al ver que el camarero no atendía sus órdenes, se enfureció.

—¡Oye! —insistió.

El camarero hizo su aparición en el umbral de la puerta.

—Trae más copas —ordenó el hombre.

El camarero desapareció con el pedido.

—Ese tipo es imbécil —gritó Pete—. ¡Me ha insultado! Yo soy un caballero, y no puedo tolerar que me insulten. Cuando vuelva le daré una tunda.

—¡No, no! —gritaron las mujeres rodeándolo con sus brazos en un intento de apaciguarlo—. No es malo. Tampoco quería insultarte. Es un buen chico, déjalo.

—¿Que no me insultó? —reaccionó fervorosamente Pete.

—¡No! —respondieron las mujeres—. Por supuesto que no, es un buen chico.

—¿Seguro que no me insultó? —insistió él con gran ansiedad.

—¡No, no! ¡Lo conocemos! Es una buena persona. No quiso decir nada desagradable.

—Bueno, pues entonces voy a pedirle perdón —dijo el hombre con determinación.

Cuando el camarero volvió con las bebidas, el hombre se levantó con gran esfuerzo y se colocó en medio de la estancia.

—Las chicas dicen que me insultaste, y yo digo que es mentira. ¡Te pido perdón!

—Muy bien —respondió el camarero.

El hombre se sentó. Estaba adormilado, pero sentía un enorme deseo de aclarar las cosas y establecer una relación de perfecto entendimiento con todos quienes le rodeaban.

—Nell, yo siempre me he portado bien contigo, ¿a que sí? ¿Te gusto, verdad? ¿A que soy un buen muchacho?

—Por supuesto que sí —respondió la mujer radiante y audaz.

—¿Sabes que estoy loco por ti, Nell?

—Por supuesto —repitió ella con indiferencia.

Abrumado por un ataque de ebria adoración, sacó dos o tres billetes de su bolsillo y con las manos temblorosas, como si fuera un sacerdote a punto de hacer una ofrenda, los puso sobre la mesa delante de la mujer.

—Sabes que todo lo que tengo es tuyo, porque estoy loco por ti, Nell, maldita sea, estoy loco por ti... pide otra copa, maldita sea, lo estamos pasando en grande... cuando alguien se porta bien conmigo... maldita sea, Nell, lo estamos pasando realmente bien.

Al cabo de un instante, Pete se quedó dormido. Su rostro hinchado por la embriaguez le caía sobre el pecho. Las mujeres continuaron bebiendo y riendo sin prestar la menor atención al hombre. Al final, este se tambaleó y cayó con un gruñido al suelo.

Las mujeres lanzaron un grito de repugnancia y se recogieron las faldas para no

tocarlo.

—Venga, vámonos de aquí —propuso una de ellas mientras se levantaba, visiblemente enfadada.

La mujer radiante y audaz fue la última en salir; cogió los billetes y se los metió en el bolsillo. El hombre lanzó un ronquido gutural, lo cual provocó que ella se volviera y lo mirara.

Se echó a reír:

—Vaya un condenado imbécil —dijo, y se marchó.

El humo de las lámparas caía pesadamente en el pequeño reservado, ocultando el camino de salida. El aire estaba cargado de un sofocante e intenso olor a aceite. El vino de una copa derramada goteaba lentamente sobre el amoratado cuello del hombre.

Capítulo 19

En una habitación, una mujer permanecía sentada junto a una mesa, comiendo como los monjes gordos de los grabados.

Un hombre sucio y sin afeitar abrió la puerta y entró en la estancia.

—Bueno, Mag ha muerto —anunció.

—¿Qué? —respondió la mujer con la boca llena de pan.

—Mag está muerta —repitió el hombre.

—Demonios si lo está —dijo la mujer mientras seguía comiendo. Cuando terminó el café, se puso a llorar.

—Recuerdo cuando sus pies eran del tamaño de tu pulgar y llevaba patucos de lana —se lamentó.

—Bueno, ¿y qué?

—Recuerdo cuando llevaba los patucos de lana. —La mujer seguía llorando. Se formó un corrillo de vecinos en el pasillo que contemplaban a la desconsolada mujer como si observaran las contorsiones de un perro agonizante. Varias mujeres entraron y se unieron a sus lamentos. Bajo sus manos afanosas, la estancia adquirió la apariencia limpia y apacible con la que se recibe a la muerte.

De pronto, una mujer vestida de negro abrió la puerta y entró para precipitarse hacia la madre con los brazos abiertos:

—¡Pobre Mary! —exclamó mientras abrazaba tiernamente a la mujer llorosa.

—¡Qué desgracia tan terrible! —continuó. Hablaba como lo hacen en las iglesias de las misiones—. Mi pobre Mary, ¡lo lamento tanto! Qué desgracia tan grande es tener una hija descarriada.

Su rostro bondadoso y maternal estaba húmedo por efecto de las lágrimas. Temblaba por la ansiedad de tener que expresar compasión. La mujer doliente seguía sentada con la cabeza ladeada, balanceándose incesantemente y llorando con un tono agudo y forzado que sonaba como un himno fúnebre tocado por una gaita plañidera.

—Recuerdo cuando llevaba patucos de lana y sus pies eran del tamaño de un pulgar, señora Smith —exclamó mientras levantaba la mirada y sin dejar de llorar.

—¡Ay, mi pobre Mary! —sollozó la mujer de negro. Lanzando nuevas y cariñosas exclamaciones, cayó de rodillas y rodeó con sus brazos a la doliente mujer. Las otras comenzaron a lamentarse en distintos registros de intensidad.

—Tu pobre y descarriada hija se nos ha ido, Mary, y esperemos que sea lo mejor. ¿Ahora la perdonas, verdad, Mary, de todas sus desobediencias? ¿Le perdonas su ingrato comportamiento y la perversidad que sentía hacia su madre? Ahora se ha marchado al lugar donde sus terribles pecados serán juzgados.

La mujer de negro levantó el rostro e hizo una pausa. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas y derramaba una siniestra alegría sobre los colores

marchitos de la habitación. Dos o tres espectadoras se secaban las lágrimas y una lloraba con gran emoción. La mujer doliente se levantó y entró dando tumbos en la estancia contigua. No tardó en reaparecer con un par de zapatitos descoloridos en la palma de la mano.

—Recuerdo cuando los llevaba —gritó. Las mujeres prorrumpieron de nuevo en sollozos, como si las hubieran apuñalado con esa imagen. La mujer doliente se volvió hacia el hombre sucio y sin afeitarse.

—Jimmie, muchacho, ¡vete a buscar a tu hermana! Vete a buscar a tu hermana y le pondremos los patucos.

—Ahora ya no le sirven, maldita imbécil —comentó el hombre.

—Vete a buscar a tu hermana, Jimmie —chilló la mujer, enfrentándose a él con ira.

El hombre profirió un insulto. Se dirigió hacia un rincón para ponerse el abrigo. Cogió el sombrero y se marchó arrastrando pesadamente los pies.

La mujer de negro se acercó y de nuevo suplicó a la madre doliente.

—La tienes que perdonar, Mary. Tienes que perdonar a tu perversa hija. Su vida fue una maldición y sus días fueron malvados, pero tienes que perdonar a tu perversa hija. Se ha ido al lugar donde sus pecados serán juzgados.

—¡Se ha ido al lugar donde sus pecados serán juzgados! —exclamaron las otras mujeres como si fueran una especie de coro fúnebre.

—Dios nos lo da y Dios nos lo quita —dijo la mujer de negro, elevando sus ojos hacia los rayos de sol.

—Dios nos lo da y Dios nos lo quita —respondió el coro.

—¡Tienes que perdonarla, Mary! —suplicó la mujer de negro. La mujer doliente intentó hablar, pero tenía la voz quebrada. Levantó los hombros frenéticamente como si el dolor la abrumara. Unas lágrimas ardientes parecían abrasarle el rostro tembloroso. No tardó en recobrar la voz y lanzó un grito que sonó como un maullido:

—¡Claro que sí, la perdono, la perdono!

FIN



STEPHEN CRANE. Novelista y poeta estadounidense, uno de los primeros exponentes del estilo naturalista. Crane nació el 1 de noviembre de 1871, en Newark (Nueva Jersey), y estudió en las universidades de Lafayette y Syracuse. En 1890, se marchó a Nueva York para trabajar por su cuenta como reportero de los barrios bajos, trabajo que junto a su pobreza le proporcionaría material para su primera novela, *Maggie, una chica de la calle* (1893). La novela, que hubo de publicar a su costa con el seudónimo de Johnston Smith, mereció los elogios de los escritores Hamlin Garland y William Dean Howells, pero no tuvo éxito. En cambio, la siguiente, *La roja insignia del valor* (1895), fue reconocida internacionalmente como un estudio psicológico, realista y profundo de un soldado joven en la Guerra Civil estadounidense. A pesar de que nunca vivió experiencias militares, la descripción de las duras pruebas de combate que revelaba en su obra indujo a varios periodistas estadounidenses y extranjeros a contratarle como corresponsal en las guerras entre Grecia y Turquía (1897) y España y Estados Unidos (1898). En 1896, el barco en el que acompañaba a una expedición de Estados Unidos a Cuba naufragó, desastre que le hizo pasar tales privaciones que le ocasionaron una tuberculosis, experiencias que narra en el libro de cuentos *El barco abierto y otros relatos* (1898). En 1897, se estableció en Inglaterra donde hizo amistad con los escritores Joseph Conrad y Henry James.

Las descripciones naturalistas de Crane son pesimistas y brutales, pero la crudeza de su realismo está mitigada por el encanto poético y la franqueza de los personajes.

Crane también fue un innovador de las técnicas poéticas. Sus dos libros de poesía, *Los jinetes negros y otros versos* (1895) y *La guerra es amable y otros poemas* (1899), son ejemplos pioneros e importantes de verso libre. Otras obras son *Servicio activo* (1899), *Relatos de Whilomville* (1900) y *Heridas en la lluvia* (1900). En 1954 se publicó su correspondencia. Escribió un total de doce libros antes de morir, a los 28 años, el 5 de junio de 1900, en Badenweiler (Alemania).

Notas

[1] Se refiere a la isla de Blackwell situada en el East River a la altura de Manhattan.
(*N. de la t.*) <<

[2] *Three gilt balls*. Se refiere a un antiguo símbolo de las casas de empeño que se dibuja en sus carteles y emblemas. (*N. de la t.*) <<